

**UNIVERSIDAD AUTONOMA  
DE NUEVO LEON  
FACULTAD DE PSICOLOGIA**



**Análisis de variables intervinientes en la interacción  
padres - hijo durante la infancia**

**T E S I S  
QUE EN OPCION AL TITULO DE  
LICENCIADO EN PSICOLOGIA PRESENTA**

**Gerardo Vargas López**

**Monterrey, N. L.**

**Noviembre de 1985**

T

BF72

.P25

V3

C. 1

956



1080070820



**BIBLIOTECA**  
**"DR. SANTIAGO RAMIREZ"**

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON.  
FACULTAD DE PSICOLOGIA.

ANALISIS DE VARIABLES INTERVINIENTES  
EN LA INTERACCION PADRES - HIJOS  
DURANTE LA INFANCIA.

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE  
LICENCIADO EN PSICOLOGIA

PRESENTA

GERARDO VARGAS LOPEZ

MONTERREY, NUEVO LEON.

NOVIEMBRE DE 1985.

000956



T  
BF 723  
.P25  
V3



*Para Georgina,*

*por quién quisiera detener el tiempo.*

Mencionar los nombres de todas las personas intervinientes en la elaboración de este trabajo, así como mi agradecimiento hacia ellos, resulta realmente complicado pues ambos puntos existen en gran cantidad. Quede esto pues como un fallido intento de realizar esta tarea.

Primero y antes que nadie, y hablando en cuanto a educación y amor, agradezco a mis padres quienes me han dado raíces y alas, labor que han realizado conjuntamente con mis hermanos y sus familias. A todos ellos gracias por su cariño, apoyo, y entusiasmo.

Dentro del equipo de animación debo mencionar también a los compañeros, maestros y trabajadores de nuestra facultad, -y en especial del área conductual-, que me motivaron a iniciar, desarrollar, y finalizar este trabajo.

En el equipo técnico (y no por ello menos entusiasta - que el de animación), quiero agradecer la participación de - los Licenciados Silvia Gomar, Carlos Bocanegra, Angel Alma--guer, J. Ramón Ruiz, Enrique García, Tomás Herrera, y J.Cruz Rodríguez, y muy especialmente a Esther Fernández y Héctor - Cuello, todos ellos eficientes maestros, animosos psicólogos, y estupendos amigos, a quienes agradezco sus enseñanzas, su tiempo, y su amistad. En este punto hago una mención de honor para Cony, quién es capaz de hacer que el día tenga 30 horas -y todas de trabajo. Mi especial admiración para ella por su profesionalismo, sus conocimientos, y su sencillez y paciencia, gracias a las cuales este trabajo fue concluído en el papel, y permanecerá inconcluso en su potencialidad.



Gracias también a los Licenciados Ma. del Carmen Badi-  
llo, y Santiago de la Peña, primera psicóloga y primer con-  
ductista -si se me permite hacer ésta división- que conocí,  
y quienes con su trabajo hicieron que me diera cuenta de és  
te camino. Así mismo, mi reconocimiento a quienes participaron  
en el mecanografiado y copiado de este trabajo, e igualmente  
a quienes se ofrecieron a cooperar pero su trabajo se  
los impidió, siendo su participación igualmente válida.

Y finalmente, gracias a la dama que sabe -y me ha dado  
la oportunidad de conocer, lo que es vivir para alguien, en  
nuestro muy particular caso, para nosotros dos.

## I N D I C E

INTRODUCCION .....	1
1.- AJUSTE MATRIMONIAL .....	8
1.1.- Factores de antecedentes prematrimoniales ....	9
1.1.1.- Antecedentes familiares .....	9
1.1.2.- Clase social .....	10
1.1.3.- Período de cortejo .....	11
1.1.4.- Edad al momento de casarse .....	12
1.2.- Estructura de la personalidad .....	13
1.2.1.- Características con influencia positiva .....	13
1.2.1.1.- Identidad personal .....	13
1.2.1.2.- Capacidad de comunicación ..	15
1.2.1.3.- Manejo de tensiones .....	16
1.2.2.- Características con influencia negativa .....	17
1.2.2.1.- Comportamientos negativos ..	17
1.3.- Ajuste sexual .....	18
1.3.1.- Actitudes hacia el sexo .....	18
1.3.2.- Comunicación y cooperación dentro de la relación sexual .....	20
1.4.- Modificación del comportamiento y funcionamiento como unidad .....	21
1.5.- Recursos, limitaciones, y demandas ambientales .....	22
2.- MODIFICACION DEL SISTEMA CONYUGAL Y FAMILIAR .....	24
2.1.- Cambio de rol .....	25
2.2.- Ubicación temporal y contexto .....	27
2.3.- Características particulares del infante .....	29
2.4.- Autopercepción como futuros padres .....	31

3.- CARACTERISTICAS INDIVIDUALES DEL INFANTE .....	34
3.1.- Nivel de desarrollo general del infante .....	35
3.2.- Sexo .....	37
3.3.- Posición ordinal y espaciamento .....	39
4.- DESARROLLO DE COMPORTAMIENTOS SOCIALES	
EN EL INFANTE .....	42
4.1.- Sonrisa .....	43
4.2.- Locomoción y mapeo cognitivo .....	45
4.3.- Anticipación de circunstancias .....	48
4.4.- Referenciamiento social .....	49
5.- DISCIPLINA EN EL HOGAR .....	51
5.1.- Canales verbales vocales .....	53
5.2.- Comportamientos de padres e hijos	
durante las interacciones disciplinarias .....	54
5.3.- Consistencia en las medidas disciplinarias ...	56
5.4.- El infante como factor activo .....	58
6.- AGENTES SOCIALIZADORES .....	61
6.1.- Padres .....	61
6.2.- Hermanos .....	69
6.3.- Compañeros .....	75
ANALISIS Y DISCUSION .....	80
BIBLIOGRAFIA.	

## INTRODUCCION.

Hablar sobre el estudio del hombre implica referirse a un extenso campo de investigación, compuesto por el vasto número de relaciones que a lo largo de su vida establece como ser humano, siendo el análisis de las variables involucradas algo obligatorio para llegar a comprender el fenómeno en cuestión, dada la imposibilidad de conocer algo en forma absoluta estudiando ese "algo" en sí y por sí mismo (Kerlinger, 1981). Esto significa que si nuestro objetivo es comprender el comportamiento humano, no debemos separar al hombre del contexto en que está ubicado y observarlo en forma aislada, sino que es en base al análisis de sus relaciones con los elementos de su entorno como es posible realizar con éxito los trabajos de investigación correspondientes.

Uno de los aspectos básicos bajo los cuales se estudia al hombre es su desarrollo, refiriéndose a una complejidad creciente y/o a una organización de procesos y/o estructuras. A partir del momento de la concepción, cada uno de nosotros comienza a experimentar un proceso continuo de transformación participando en constantes interacciones con nuestro medio, las cuales continúan incluso en forma posterior a la muerte, presentándose modificaciones fáciles de percibir como son las físicas, características del crecimiento -

corporal, y existiendo a la vez otras variaciones más complejas en cuanto a su descripción y explicación, tales como los cambios en el comportamiento del individuo. Ambos tipos de modificaciones están comprendidas dentro del desarrollo, que puede ser estudiado en varios niveles, denominados bioquímico y biofísico, orgánico y fisiológico, y psicológico y social (Jersild, Telford, y Sawrey, 1975), cuya preponderancia explicativa es progresiva de acuerdo al avance del desarrollo humano. El aspecto bioquímico y biofísico encuentra su aplicación máxima en las primeras etapas de la vida, donde la descripción y explicación de procesos efectuados a nivel molecular, como la fecundación, requiere de la participación de los elementos de estudio pertenecientes a este campo, mientras que posteriormente la mayor complejidad del crecimiento corporal, esto es, de las estructuras embrionarias, hace necesario el empleo de términos orgánicos y fisiológicos. Finalmente, las investigaciones pertenecientes al tercer nivel pueden ubicar su inicio en etapas antecedentes al parto, como lo demuestran los trabajos que Bijou y Baer (1980) reportan sobre reacciones fetales ante estímulos sonoros, pero es a partir del nacimiento cuando los trabajos realizados sobre el desarrollo adquieren una importancia relevante, en lo referente al campo psicológico y social.

La psicología del desarrollo es la rama de la psicología que estudia las alteraciones que sufre el organismo, durante toda una vida de interacciones con un medio ambiente cambiante (Fernández, 1974), y dentro de esta división el psicólogo se avoca a la investigación de las variables que determinan los cambios conductuales asociados al desarrollo (Bijou y Baer, 1980). Dado que en el presente trabajo se realiza un análisis de los contactos recíprocos entre padres e hijos, se requiere el empleo de un enfoque distinto para el estudio de cada grupo de sujetos, puesto que éstos conllevan una serie de características que los diferencian entre sí, tales como la capacidad de comprensión y el nivel de habilidad sensorial y motriz. En lo concerniente al infante, nuestro escaso acceso al conocimiento de sus experiencias implica el observarlo en base a una teoría del desarrollo psicológico que se fundamente en el punto de vista de la ciencia natural, empleando un conjunto de enunciados que señalen las relaciones generales entre conducta y ambiente, describiendo los cambios observados en la manera en que interactúa la conducta infantil con los elementos medioambientales (Bijou y Baer, 1980).

A medida que el desarrollo avanza, la complejidad de los comportamientos que presenta el sujeto ante diversas situaciones hace ineludible el uso de un método de estudio que

posibilite al investigador la adquisición de un mayor número de conocimientos sobre el fenómeno, los cuales suelen ser limitados cuando se utilizan modelos no mediacionales. En el caso de las interacciones entre el infante y sus padres, las diversas respuestas que éstos últimos presentan aún en situaciones similares sugiere que los progenitores no determinan su comportamiento mediante la presencia de su hijo como un estímulo simple, sino que sus conductas equivalen a sus respectivas percepciones de la situación. Esta percepción se ve afectada por una gran variedad de factores, entre los cuales ocupa un lugar preponderante la concepción que ambos manejen del infante. El estudio de dicha concepción implica el empleo de modelos mediacionales que contemplen el análisis de las variables intervinientes las cuales, si bien no observables, cumplen un papel conceptual o descriptivo en la mediación (Mahoney, 1983), siendo evaluable este procedimiento en cuanto a su capacidad de explicación y predicción, y no en lo relativo a la presencia de inferencias, las que seleccionadas de acuerdo a las características mencionadas, pueden contribuir a un mayor avance en el conocimiento del comportamiento humano.

Existen múltiples razones para estudiar a los niños. Liebert, Poulos, y Marmor (1977) indican que la investigación realizada en torno a este tema es interesante en sí, sa

tisfaciendo mediante ella la curiosidad que la gente tiene - sobre sí misma y su medio ambiente. Así mismo señalan que el estudio del desarrollo no es sólo una oportunidad de analizar lo desconocido, sino que conocer la naturaleza de este proceso nos brinda información valiosa con respecto a fenómenos tales como la percepción, el aprendizaje, y la socialización. Esto permite no sólo una mayor comprensión del niño como sujeto de estudio, sino que también proporciona una base firme para el análisis del comportamiento adolescente y adulto. Lugo y Hershey (1974) plantean un contexto más práctico y general de esta importancia, mencionando la contribución de los trabajos sobre el tema con respecto al incremento de los conocimientos que los padres y futuros padres tengan con respecto a sí mismos y a sus hijos, a fin de emplearlos para contribuir al desarrollo familiar integral.

La infancia, comprendida entre los primeros dos años de vida (Bee, 1978), es un período en el que normativamente se ubican una serie de habilidades trascendentales para el desarrollo general del individuo, las cuales derivan de las características presentes en los factores biológicos del sujeto, y de la interacción con su medio ambiente particular. Por lo general hacia el final del segundo año de vida se encuentran dos rasgos distintivos del desarrollo: 1) el rango de diferencias individuales es más evidente, y 2) existe un



gradual cambio en la predominancia de actividades , de aquellas caracterizadas por el aspecto biológico, a las determinadas principalmente por factores cognoscitivos. La creciente capacidad del sistema nervioso para procesar información parece intervenir en la influencia que los elementos del entorno ejercen en el comportamiento, y al mismo tiempo el efecto de estos factores internos -y externos-, queda paulatinamente bajo el control del sujeto como persona individual y única, quien al establecer posteriormente el concepto de sí mismo llega a ser un participante activo en la determinación de su propia conducta.

Así, la trascendencia que denota la infancia en relación con el desarrollo subsecuente pone en relieve la importancia del papel que los padres desempeñan en dicho proceso, ya que usualmente son ellos los principales responsables de los progresos que su hijo muestre, tanto en su crecimiento físico como en las interacciones con su medio, equiparándose de ordinario estos avances con el interés que los progenitores manifiestan en los adelantos del infante. Esto implica un conocimiento de las características físicas y los comportamientos que el infante presente progresivamente, a fin de corroborar los avances o corregir las deficiencias mediante un "trabajo de equipo" entre ambos padres, requiriéndose para ello de un desempeño satisfactorio en su rol como pareja,

estableciendo así los fundamentos para un sistema familiar - funcional que cubra equitativamente las necesidades particulares de cada uno de sus miembros.

Es en este punto donde se enfoca el presente estudio, a fin de describir el papel activo que el infante desempeña en las interacciones con sus padres, quienes deben conceptualizar a su hijo como un individuo que, conjuntamente con otros factores, suele determinar las características de los contactos recíprocos que con él desarrollen, llegando de esta forma a una mayor comprensión de las transformaciones que el sistema familiar sufre ante la llegada de un hijo quien lejos de ser un elemento pasivo suele actuar, según pretende describir este trabajo, como un factor activo y determinante.

## 1.- AJUSTE MATRIMONIAL.

La familia ha sido denominada la institución básica de la sociedad, ya que ordinariamente es el ambiente primordial en el que se adquieren los principios de la socialización, - tarea que inicialmente recae en los padres hasta el momento en que el infante tiene los repertorios apropiados para contactar socialmente con sus compañeros. Esta reconocida importancia del sistema familiar impulsa a realizar un análisis de las características comportamentales de ambos cónyuges, - ya que estas suelen ser factores principales en la determinación del tipo de familia que formarán junto con sus hijos.

El ajuste matrimonial se ha definido como los cambios de conducta requeridos para la resolución de las necesidades pertinentes, a fin de realizar una relación conyugal satisfactoria y gratificante para sus integrantes, cuya unión marital implica una contínua adaptación ya que no hay matrimonio perfecto, exento de diferencias e incomprensiones entre marido y mujer. Las razones por las cuales algunos cónyuges desarrollan positivamente su unión, a diferencia de otros - que fracasan, no han sido totalmente clarificadas, indicandose que algunos factores que guardan cierto grado de correlación con el ajuste matrimonial son: 1) Los antecedentes - prematrimoniales de la pareja; 2) La estructura de personalidad; 3) El ajuste sexual; 4) El grado en que cada cónyuge -

puede modificar su propio comportamiento y funcionar como u nidad; y 5) Los recursos, limitaciones, y demandas ambienta les (Coleman y Hammen, 1977).

1.1.- Factores de antecedentes prematrimoniales. Exis-  
ten varios factores que debido a su frecuente correlación --  
con el ajuste matrimonial pueden ser utilizados con propósii  
tos predictivos, como son los antecedentes familiares de am  
bos cónyuges, la clase social a que pertenecen, las caracter  
ísticas del período de cortejo, y la edad que tienen al mo  
mento de casarse.

1.1.1.- Antecedentes familiares. Las características de  
las interacciones que el individuo desarrolle dentro del nú  
cleo familiar, ya sean filiales o fraternales, pueden ser un  
factor que coparticipe con otros en la determinación de una  
particular actitud hacia el matrimonio, adoptando el sujeto  
una predisposición aprendida para reaccionar consistentemen  
te en cierta forma (positiva o negativamente) ante la rela-  
ción conyugal, sugiriendose en base a esto que tanto el ob  
servar como el participar frecuentemente en interacciones fa  
miliares agradables y carentes de acciones hostiles, antecede  
de a situaciones similares en las que el sujeto en cuestión  
interviene posteriormente al casarse. Al respecto Kirkpa---  
trick (1963) señala que las probabilidades de que ambos cónu

yuges consideren altamente satisfactorio su matrimonio (presentando por lo tanto conductas adecuadas para ello), suelen ser mayores si sus padres tuvieron una relación similarmente positiva, mientras que por el contrario, las posibilidades se reducen si los progenitores de la pareja presentaron cotidianamente interacciones conflictivas involucrando conductas incompatibles entre sí, o si se divorciaron. Sobre las relaciones filiales y fraternas, Coleman y Hammen (1977) mencionan que cuando el individuo mantuvo con sus familiares cercanos contactos ordinariamente carentes de insultos, gritos, golpes, puede aumentar la probabilidad de que este sujeto establezca en su unión conyugal relaciones semejantes a la citada.

1.1.2.- Clase social. Se ha mencionado en general que - cuanto más bajo es el nivel económico y cultural del grupo social en que se ubica a la pareja, es más probable que su matrimonio sea inestable y poco gratificante, reflejando posiblemente la falta de estabilidad en ingresos y educación a que se ve expuesto el individuo, quien al ubicarse en estas áreas está expuesto a permanecer crónicamente sumergido en un complejo total de problemas difíciles relativos principalmente a la vivienda, manutención, y vestido, careciendo así de recursos materiales y psicológicos adecuados para el desarrollo, tanto de su matrimonio como de la crianza de sus

hijos. En otro aspecto del mismo tema, Coleman y Hammen (1977) mencionan que los matrimonios llevados a cabo entre individuos pertenecientes a diferentes clases sociales ( que usualmente involucran a un marido de posición más elevada que la de su esposa), suelen mostrar una mayor incidencia de desajuste que aquellos cuyos integrantes pertenecen a la clase media, sugiriéndose como posible causa la presentación por parte del cónyuge de características comportamentales similares a las de los individuos entre quienes ha vivido hasta entonces su pareja, facilitándose entonces la adaptación a la conducta del compañero.

1.1.3.- Período de cortejo. Este factor suele ser importante en lo relativo al éxito posterior del matrimonio, ya que es durante este período que los miembros de la pareja -- tratan de conocerse entre sí, además de constituir una oportunidad en la que pueden examinar su capacidad para desarrollar una convivencia armoniosa. En una comparación entre parejas exitosamente casadas y parejas divorciadas o que contemplaban la posibilidad de separarse, Locke (1961) encontró que usualmente la duración del período de cortejo, así como la habilidad para resolver conflictos ocurridos durante ese período, estaban positivamente correlacionados con el ajuste matrimonial subsecuente, lo cual apoya el enfoque indicador de que los individuos que llegan a conocerse de forma no su

perfidial tienen mayores probabilidades de tomar una decisión adecuada en lo relativo al casarse, a diferencia de aquellos que establecen su unión después de un breve período de familiarización, en el que pueden señalarse como proporcionales la duración y el número de oportunidades para analizar tanto las características de la relación, como las de sus dos integrantes.

1.1.4.- Edad al momento de casarse. La ubicación normativa del matrimonio dentro del curso de la vida ha sido señalada como importante en relación a la posterior interacción marital, y al respecto Lugo y Hershey (1974) mencionan que la edad considerada promedio para casarse es de 20 a 25 años para los varones, y 19 a 24 para las mujeres. Estos datos coinciden con los obtenidos por estudios sobre matrimonios tempranos con novios menores de 21 años y novias no mayores de 18 -en los que se ha revelado una mayor incidencia de desajustes y divorcios en forma superior a los de edades mayores (Coleman y Hammen, 1977). Una interpretación de este hallazgo dista de ser simple, ya que una elevada proporción de matrimonios tempranos se llevan a cabo entre sujetos cuyos niveles socioeconómico y educativo son bajos, e involucran embarazos prematrimoniales, por lo que este tipo de uniones puede conllevar factores que influyen negativamente en la consecución de un éxito posterior, tales como la unión involuntaria o forzosa

sa por parte de uno o ambos cónyuges, realizada por presiones familiares, la suspensión total o parcial de la educación, o la reducción del tiempo dedicado al estudio con el consecuente decremento del nivel cultural.

1.2.- Estructura de la personalidad. La personalidad, de acuerdo a Wolman ( 1984 ) consiste en el patrón de características psicológicas que identifican a un sujeto en particular, y en base a ella se han realizado trabajos con el propósito de identificar el papel de sus factores dentro del ajuste matrimonial (Coleman y Hammen, 1977) centrándose estos estudios en: a) La determinación de las características que parecen fomentar un ajuste positivo en el matrimonio, y b) - La delineación de los rasgos que pueden tener influencia negativa en la mayoría de las relaciones maritales.

1.2.1.- Características con influencia positiva. Existe apoyo investigativo concerniente a la importancia de algunas variables, tales como la identidad personal, la capacidad de comunicar eficazmente las propias cogniciones, y la aptitud para el manejo constructivo de las tensiones (Dean, 1966; -- Walker Hepner, 1973).

1.2.1.1.- Identidad personal. A través del tiempo y mediante diversas situaciones de aprendizaje, el individuo reconoce aquellas conductas que le permiten realizar un buen a



juste ante determinados eventos, y así mismo identifica sus actos que no conducen al objetivo deseado. En base a estos contextos y a los elementos que los componen (personas, ambientes) puede elaborar el sujeto una particular escala de valores que le permita comportarse de una manera específica, cuyos resultados suelen ser evaluados por ese mismo sujeto a fin de establecer su autoconcepto o identidad personal, definida ésta como el conjunto total de juicios que un individuo mantiene hacia sus características personales, adquiriendo así su personalidad un aspecto consistente y duradero (Byrne, 1974). Estos rasgos individuales pueden ser de diversa naturaleza, como son el aspecto físico, el comportamiento y las actitudes. Esta autoidentidad es importante, pues se ha sugerido que en términos de ella establecemos esfuerzos, valores y tomas de decisión (Walker Hepner, 1973) estableciéndonos como el centro de un mundo de experiencias cambiantes que manejamos y percibimos en relación a nosotros mismos.

El papel de la identidad personal como variable interviniente en el ajuste matrimonial puede ser relevante, pues la serie de valores que el cónyuge maneje con respecto a sí mismo, a su pareja, y a su unión, podría coparticipar con otros factores en la determinación del comportamiento que el sujeto presente en las interacciones maritales, facilitando u obstaculizando su ajuste a esa situación.

1.2.1.2.- Capacidad de comunicación. La consecución de un ajuste matrimonial positivo depende en alto grado de la habilidad de ambos cónyuges para establecer una comunicación eficaz, entendida ésta como un conjunto especificable de intercambio de conductas verbales, y la capacidad y disposición para emplearlas (Coleman y Hammen, 1977). Sin este factor las posibilidades de la pareja para intercambiar información se ven reducidas, dificultándose la expresión y comprensión de los estados afectivos y las cogniciones, creándose frecuentemente una incoordinación en las interacciones matrimoniales, lo que puede transformarse en la fuente principal de conflictos, causando la imposibilidad del ajuste.

Costa y Serrat (1982) indican que los patrones de comunicación difieren entre las parejas que reportan un alto grado de satisfacción conyugal y aquellas que carecen de él, — siendo característico en las primeras los períodos de conversación más duraderos, las peticiones para aclarar términos no comprendidos, y el manejo de una amplia variedad de temas dentro de sus diálogos, manifestando continuamente actitudes abiertas a la comunicación. Así mismo sus integrantes son más perceptivos de las condiciones físicas, comportamentales, y cognoscitivas del compañero, y utilizan como complemento del habla medios de comunicación no vocales (ademanos, gestos, caricias).

1.2.1.3.- Manejo de tensiones. Todo comportamiento es un intento por satisfacer las demandas de ajuste que enfrenta el individuo, las cuales son primordialmente internas -- (hambre, descanso), o primariamente externas (obediencia a la ley, roles específicos). Estas situaciones pueden ser -- consideradas por un sujeto como altamente ansiógenas, mientras que para otro pueden ser sólo una causa de leve ansiedad, e incluso no provocarla en lo más mínimo, lo cual suele depender de la percepción que el individuo maneje en relación a varios factores, tales como las características del problema en sí, su propia habilidad de resolución, y su nivel de tolerancia a situaciones tensionantes (Coleman y Hammen, 1977).

En el caso del matrimonio, por tratarse de una relación tan personal parece inevitable que existan desacuerdos, cuyo ajuste puede involucrar diversos grados de tensión. La readaptación de varios hábitos requerida por la unión marital es en algunas ocasiones intensa, pero para establecer la rutina del hogar suele ser necesaria la modificación de algunos actos adquiridos y practicados regularmente, como son los horarios de alimentación y de descanso, y la preferencia por ciertos alimentos y actividades de distracción. La falla de uno o ambos miembros en las concesiones relativas a estos comportamientos puede crear una serie de fricciones (Walker-

Hepner, 1973), las que son usualmente más intensas cuando involucran una disparidad de criterios en torno a temas más importantes, tales como el aspecto económico, la disciplina de los hijos, y la insatisfacción de las expectativas personales, precisándose en estas circunstancias un manejo de tensiones más complejo que en el caso de los hábitos, determinando las características de la situación problema y desarrollando la conducta de ajuste requerida.

1.2.2.- Características con influencia negativa. La identificación de los rasgos que ordinariamente conlleven una inadaptación al matrimonio resulta difícil, pues la importancia de esas características negativas dentro de la relación conyugal probablemente dependa del tipo de unión que la pareja trata de establecer. (Ver Cap. 2, Apartado 2.2).

1.2.2.1.- Comportamientos negativos. Tomando como base lo señalado en el párrafo inmediato anterior, la particularización de los comportamientos que afectan en forma negativa a la relación matrimonial, deja como alternativa el señalar que el grado de desacuerdo o conflicto presente entre los cónyuges puede radicar principalmente en una baja calidad y tipo inadecuado de reforzadores positivos intercambiados entre marido y mujer. Costa y Serrat (1982) reportan la presencia de tasas elevadas de conductas aversivas dentro de matri

monios en conflicto, así como una deficiencia en habilidades de comunicación y resolución de problemas. Las parejas conflictivas suelen poseer una relativa inhabilidad tanto para manejar sus problemas de un modo efectivo, como para originar cambios en el comportamiento del compañero -cuando tales cambios son justificados y deseables para la armonía matrimonial, los cuales tratan de lograr por medio de la estimulación aversiva, empleando críticas, amenazas, regaños y chantajes lo que, como es lógico, puede favorecer la aparición de insatisfacciones, interacciones tensas, y una mutua evitación.

1.3.- Ajuste sexual. El establecimiento de una relación sexual positiva, en la cual exista una mutua satisfacción de necesidades entre los miembros de una pareja comprometida física y emocionalmente, no es sólo una cuestión de orgasmo, - sino que está referido a la totalidad del significado que la mujer tenga para el hombre y viceversa. La interacción podrá calificarse de positiva en la medida en que a cada uno de ellos le sea placentero el contacto con el otro, así como el grado en que mutuamente se preocupen por la satisfacción del compañero (Masters y Johnson, 1983).

1.3.1.- Actitudes hacia el sexo. El ajuste sexual durante el matrimonio puede dificultarse debido a las actitudes y

expectativas que cada cónyuge maneje, en base a sus conocimientos particulares sobre el tema, los cuales suelen dificultar la aceptación de las realidades sexuales, particularmente cuando uno o ambos esposos carecen de información válida al respecto. Este desconocimiento de las características particulares que la sexualidad masculina y femenina poseen, puede provocar que se presenten comportamientos que resulten aversivos para el otro miembro de la relación, con el consiguiente rechazo al compañero, o en el peor de los casos, la aceptación del contacto sexual sin notificar la existencia -- del evento desagradable.

El acceso a comunicaciones significativas con respecto al sexo es particularmente difícil debido a su naturaleza íntima, además de que las fuentes de información a las que usualmente tiene acceso el público (revistas, películas) generalmente reportan datos de veracidad discutible. Así mismo, la incapacidad de muchos adultos para informar a los jóvenes con una actitud abierta y honesta, obstruye los canales naturales de información sexual dejando como alternativas los medios clandestinos, los que proveen de supuestos básicos, alterados incluso por la subjetividad del informante, los cuales son establecidos por quien los cree ciertos como una base sobre la que se elaboran expectativas irreales e imposibles de llevarse a cabo, procurando posteriormente resolver su vida sexual en el matrimonio mediante ellas, reconociendo

las como estándares de una relación plena (Mc Cary, 1976), -- cuando lo que se requiere es comprender el comportamiento -- sexual mediante el conocimiento de hechos válidos y verificables, autoaceptándose a sí mismo y a su pareja como seres -- sexuales, con las responsabilidades y derechos que esto implica (Masters y Johnson, 1983).

1.3.2.- Comunicación y cooperación dentro de la relación sexual. Informar abierta y confiadamente al cónyuge sobre los propios requerimientos es quizá el mejor medio para estimular la cooperación recíproca, estableciendo una comunicación honesta y continua. Esencialmente, aceptar la responsabilidad sexual significa informar y cooperar, dado que ninguno de los compañeros debe presuponer que conoce las necesidades de su pareja al respecto (Masters y Johnson, 1983). De este modo la cooperación mutua implica el estar siempre atento a las expresiones que de su interés sexual manifieste el compañero, puesto que aunque el mensaje comunicativo del requerimiento sea claro, de nada sirve si el cónyuge no presta atención, o si recibe el mensaje de manera confusa o prejuiciada. Por lo tanto la buena disposición para transmitir y recibir es vital y ambos, marido y mujer, son responsables de que ambos aspectos de la comunicación funcionen correctamente.

1.4.- Modificación del comportamiento y funcionamiento como unidad. Al casarse los individuos llevan a su matrimonio una serie de características personales como son los hábitos, los valores, y los objetivos, pero la nueva relación exige a los cónyuges llevar a cabo ajustes estableciéndose como meta el armonizar esas características, a fin de que la interacción entre los compañeros sea satisfactoria para ambos. Es en este punto donde la percepción de los diversos factores intervinientes en la relación, como son el comportamiento de marido y mujer, las condiciones tras de ese comportamiento, y las variables medio ambientales, es de suma importancia, indicando al respecto Bueno Belloch (1983) que las parejas que consideran satisfactoria su relación matrimonial no consideran un requisito básico el coincidir en la percepción directa de las cosas (acuerdo), a diferencia de otros aspectos de la relación, tales como la capacidad para comprender el punto de vista del cónyuge (entendimiento), y la habilidad para percatarse de si se es entendido o no por el compañero (captación).

El grado en que un individuo participa en el proceso de adaptación lo ubica en el continuo "matrimonio-personas" (Muñoz de Fernández, 1978), donde el sujeto que no está dispuesto de ningún modo a sacrificar su individualidad se ubica en un extremo, mientras que aquella persona que considera su re



lación conyugal tan importante que sacrifica su individualidad por ella se sitúa en el otro. Entre estos dos tipos se ubican todos los cónyuges formando un continuo, en cuyo centro caerán aquellos que han logrado un equilibrio entre las exigencias del matrimonio y sus características personales, por lo que el punto en que se ubique cada esposo o esposa -- dentro del continuo, señalará su índice de ajuste marital.

#### 1.5.- Recursos, limitaciones, y demandas ambientales. -

En las interacciones entre un agente social y la persona que es blanco de esa influencia, podemos definir al poder social como la capacidad de una persona, grupo, o institución, para afectar la conducta de un sujeto, cuyo cambio comportamental a consecuencia de la aplicación del poder se define como influencia social (Shaver, 1977).

La influencia social, como la competencia o la agresión, puede ser un fenómeno positivo o negativo dependiendo de las circunstancias de influencia y del sistema de valores del sujeto influido, en quien, por ejemplo, un elemento obstaculizante podría considerarse un estímulo para la superación o una situación irresoluble, en base a los elementos pertinentes a la situación y al juicio realizado por el individuo. - Los efectos del poder social no recaen sólo en el sujeto, sino que además afectan los sistemas sociales de que éste for

ma parte, como es el caso del matrimonio, el cual siempre se desarrolla dentro de un contexto social cuyas características pueden ayudar y reforzar la unión, o disminuir su estabilidad. La pareja es un sistema abierto que requiere recursos favorables para su correcto desarrollo en los diversos roles que sus integrantes deben adoptar. Por ello la intervención permanente de factores adversos, tales como ingresos económicos insuficientes, presiones familiares negativas (comentarios, intervenciones), y un medio o vivienda insalubres, es una variable que puede entorpecer una interacción positiva - entre los cónyuges. En contraste, el ubicar un matrimonio dentro de una situación en la que disponga de los recursos necesarios puede favorecer su desarrollo.

## 2.- MODIFICACION DEL SISTEMA CONYUGAL Y FAMILIAR.

La influencia que ejerce el nacimiento del primer hijo sobre la relación marital, esto es, sobre la interacción que se presenta entre ambos miembros de la pareja, es en frecuentes ocasiones trascendental dado que toda organización social, llámese matrimonio o familia, es un sistema integrado por roles y estructuras en el que añadir, eliminar, o substituir miembros puede forzar a una reorganización del sistema (Belsky, 1979). A partir de éste punto de vista puede indicarse que la transformación de la diada esposo-esposa en triada, como resultado del advenimiento del primogénito, suele involucrar un cierto grado de tensión sobre el comportamiento de ambos padres, señalándose al respecto que los efectos presentados durante el período de ajuste a la paternidad pueden variar entre los sujetos y ser ligeros o medianamente --tensionantes, o llegar a niveles de crisis con la consecuente confusión y dificultad para llegar a conclusiones que conduzcan a una acción aceptable.

En relación a esta variabilidad en los resultados obtenidos por investigaciones enfocadas al tema, en 1984 Belsky indica que dicha inconsistencia puede ser causada por los --múltiples factores que se han tomado como variables dependientes, como son la duración del período de sueño en ambos padres, la frecuencia y calidad de sus contactos sociales, y

la cantidad de tiempo dedicado a sus pasatiempos, todas ellas medidas antes y después del nacimiento. Esta evaluación múltiple obstaculiza el establecimiento de un consenso general, siendo mayor la dificultad si no son consideradas las características particulares de cada pareja.

A continuación se analizarán algunas variables que se han conceptualizado como probables determinantes en el establecimiento de las características que suele denotar el sistema familiar post-natal. Ellas son el cambio de rol de ambos padres, el contexto y la ubicación temporal del nacimiento, las características particulares del infante, y la percepción que cada cónyuge tiene de sí mismo como futuro progenitor.

2.1.- Cambio de rol. Repetidamente se ha sugerido que gran parte de la crisis que en ocasiones implica el primer hijo sobre la relación matrimonial, es un resultado de la modificación de los roles desempeñados hasta entonces por cada cónyuge, para quienes la nueva actividad viene a ser un determinante significativo de la autoconcepción que cada uno de ellos tenga sobre sí mismo. Esta alteración es un resultado lógico ya que la paternidad es un rol de duración prolongada que se establece a través de múltiples situaciones, en las cuales ambos cónyuges funcionan no sólo como compañeros,

empleados, y encargados de un hogar, sino también como padres, con la comprensión de que las responsabilidades de la paternidad significan un compromiso que suele afectar a la pareja, y que por lo tanto tiene una elevada probabilidad de alterar la relación marital (Feldman y Aschenbrenner, 1983).

Las discusiones establecidas sobre la influencia potencial de la paternidad sobre el matrimonio no consideran únicamente el aspecto negativo, reportándose que aunque es dudoso que el hecho de ser padres transforme a matrimonios fallidos en uniones satisfactorias para ambos miembros, existen razones para creer que en algunos casos puede alcanzarse dicha estabilidad, o por lo menos pensar que la presencia del hijo suele ser un obstáculo para la separación o el divorcio.

Por otra parte las actividades que el cuidado del hijo crea frecuentemente como son el baño y la alimentación, pueden constituirse como oportunidades para establecer interacciones disfrutables entre ambos padres como lo señaló Belsky en 1979, mencionando que dichas actividades positivas compartidas ocurren durante el curso de interacciones familiares, siendo reportadas por papás y mamás, quienes además indican un decremento de sus propios comportamientos hostiles, así como de su interés en sí mismos y en sus asuntos personales, a la vez que se incrementa su sentido de responsabilidad.

En lo referente al aspecto sexual se ha mencionado que algunas mujeres dentro de matrimonios considerados como positivos, alcanzan su total capacidad para disfrutar de las relaciones íntimas en forma posterior al nacimiento del primer hijo, aduciéndose para ello una razón física como lo es el incremento del flujo sanguíneo en la región pélvica durante el embarazo (Zúñiga, 1983), lo que puede afectar en algunos casos la capacidad femenina para percibir las sensaciones -- sexuales (Masters y Johnson, 1983).

2.2.- Ubicación temporal y contexto. En la perspectiva del curso de la vida puede indicarse que las consecuencias de los diferentes eventos varían de acuerdo a su contexto y su ubicación temporal, sugiriéndose como una posible causa de ello la constante incrementación del número y tipo de experiencias sociales a que se ve expuesto el sujeto, lo que le permite desarrollar un patrón único de comportamientos de ajuste, a medida que crece y se enfrenta a diversas situaciones de aprendizaje, como son las de tipo marital o laboral, estableciendo a la vez su particular escala de valores asignando diversos grados de importancia a los elementos que conforman su medio ambiente, comportándose entonces por lo general en forma congruente a dicha escala. En base a lo expuesto es posible suponer que el individuo puede ser capaz de a-

justarse positivamente a eventos novedosos, estableciendo una relación armoniosa con su medio, satisfaciendo sus necesidades propias y cumpliendo con las demandas sociales que le son impuestas. En el caso de la paternidad, Elder y Rockwell (1979) señalan que el ajuste a ella es más fácil entre más - normativamente se le ubique en el curso de la vida. Específicamente la crisis, si se produce, tiende a ser menos severa cuando ambos padres son mayores de edad, y/o cuando antes de concebir han estado casados durante un período que les permita desarrollar un ajuste positivo entre sí.

Otra perspectiva en base al matrimonio ha sido planteada por Belsky (1981), quien señala que la conceptualización de intereses presentes en el matrimonio es un parámetro mediante el cual se considera a dicha unión en tres formas: a) Romántico, caracterizada por la percepción del amor como " una fuerza extraña, misteriosa, e incomprensible", donde la - actitud hacia ese estado afectivo típicamente incluye la noción de que la gente se enamora a primera vista, que el amor es el único criterio para el matrimonio, y que el amor es eterno independientemente de cualquier otro factor; b) Amistoso, enfatizando algunos intereses de tipo egocéntrico, tales como disponer de compañía y cuidados, y la facilitación del enfrentamiento a situaciones económicas mediante la disposición de una entrada doble de ingresos monetarios; y c) de A

sociación, en la que se presenta una orientación realista, en la que cada cónyuge tiende a mostrar un elevado interés por conocer las conceptualizaciones y los requerimientos de su pareja a fin de establecer los ajustes pertinentes, comportándose principalmente en forma altruísta. La hipótesis presentada por Belsky consiste en que el nacimiento del hijo afecta diferencialmente a la pareja según su tipo de unión, suponiéndose que la transición a la paternidad será más tensionante entre más basada en el romance esté la relación, del mismo modo que será menos estresante entre más orientada esté hacia la asociación.

2.3.- Características particulares del infante. Las posibles causas por las cuales un padre puede comportarse en forma diferencial con respecto a un hijo en particular son numerosas, y están definidas por las características de cada individuo, mencionándose entre dichas causas la familiaridad, la satisfacción de necesidades particulares, y los rasgos físicos y características particulares infantiles (Bolio y Arciniega, 1985). En este último caso puede resultar obvio el mencionar el hecho de que los padres suelen presentar comportamientos indicativos de preferencia, con respecto a los hijos que poseen características atractivas desde el particular criterio parental, permaneciendo junto al infante por pe



ríodos de tiempo más prolongados, con una mayor frecuencia y calidad en sus interacciones, a diferencia de las situaciones en las que el hijo se comporta aversivamente de acuerdo al juicio de los padres. Estos planteamientos son importantes pues tanto la aceptación como el rechazo han sido ubicados como elementos facilitadores u obstaculizantes en el ajuste a la paternidad (Lugo y Hershey, 1974; Coleman y Hammen, 1977).

La carencia de transtornos físicos en el infante, así como el grado y tipo de su actividad, pueden ser factores intervinientes en el efecto que el tener hijos produzca sobre la pareja, según Belsky (1981), quien indica que en los casos en que el recién nacido requiere de frecuente atención médica por problemas de salud, los esposos suelen experimentar crisis, al igual que en los matrimonios cuyos bebés presentan de ordinario un elevado nivel de actividad motriz y/o problemas de apetito, demandando con ello un alto grado de atención y cuidados. Segal y Yahraes (1978) plantean tres grupos principales de características comportamentales, las cuales definen al infante "fácil", al "difícil", y al "lento para animarse". El de tipo "fácil" suele responder positivamente a las nuevas situaciones adaptándose rápidamente a personas y alimentos novedosos, mostrando frecuentes comportamientos indicativos de bienestar (sonrisas, vocalizaciones), llo

rando esporádicamente y durante breves períodos, y desarrollando patrones regulares de alimentación, sueño, y excreción. En el otro extremo se ubica al infante "difícil", cuyas conductas negativas desde el punto de vista parental pueden frustrar y agotar la capacidad de autocontrol de sus padres al apartarse o protestar vigorosamente cuando se le expone a nuevas situaciones, sean estas relacionadas con comida, vestido, personas o lugares, llorando o haciendo rabietas. Los niños del grupo "lento para animarse" pueden también ser molestos, tratando característicamente de evadirse cuando se les ubica en situaciones novedosas, adaptándose lentamente a nuevas experiencias.

2.4.- Autopercepción como futuros padres. Un factor antecedente a la paternidad y que con frecuencia se correlaciona positivamente con las características de la transición esposos-padres, es la autopercepción de ambos cónyuges con respecto a dos puntos particulares: 1) Su propia habilidad para realizar actividades de cuidado infantil, y 2) los efectos que sobre su matrimonio tendrá la llegada de un hijo (o un nuevo hijo) (Mc Hale y Huston, 1984). Estas autopercepciones pueden establecerse mediante aprendizaje observacional (viendo a otras familias), por información verbal (conversaciones, lecturas, medios audiovisuales), o a través de experiencia -

directa (contactos anteriores con sus propios hijos).

En relación al punto uno, los padres pueden verse afectados en su comportamiento hacia su hijo, en especial cuando consideran deficientes sus propias habilidades como brindadores de cuidados infantiles, puesto que el grado de tensión - que usualmente se presenta en dichas situaciones puede ocasionar un comportamiento evasivo por parte de uno o ambos - progenitores, o por lo contrario una actitud sobreprotectora hacia el bebé. En estos dos casos las consecuencias suelen ser negativas, pues en el primero de los casos podría establecerse una sobrecarga de responsabilidades en uno de los - padres, además de una reducción en el contacto del hijo para con quien rehuye la situación, mientras que en el segundo caso las conductas parentales sobreprotectoras producen frecuencia una sobredependencia infantil.

Lo aquí expuesto no implica necesariamente que sea algo negativo la autoconcepción de uno mismo como deficiente en conocimientos sobre el cuidado del hijo, ya que esto puede - ser un factor que estimule a los padres para adquirir mayores conocimientos sobre el tema, y consecuentemente mejorar su ejecución al respecto.

En lo relativo a las expectativas de los posibles efectos que la paternidad pueda ejercer sobre la relación marital (o sobre el sistema familiar, si no es el primer hijo),

las características particulares de dichas suposiciones pueden influir en las conductas de los padres. Una sobrevaloración de posibles aspectos negativos, tales como malestares físicos de la madre durante el embarazo; reducción del tiempo que la pareja dispone para relaciones íntimas, y restricción en la economía, suelen provocar un cierto grado de tensión en uno o ambos progenitores afectando su actitud hacia el recién nacido (Coleman y Hammen, 1977), mientras que en otros casos una percepción centrada o no sobrevalorada de este tipo de aspectos, unido a un interés por involucrarse en interacciones con el bebé, son considerados como buenos predictores de una posterior relación positiva con el hijo, en la que este sea conceptualizado como una fuente de satisfacciones presentes y futuras.

Asimismo, cuando ambos esposos poseen ideas no tradicionales con respecto a su futuro rol como padres, suelen posteriormente intervenir individual o conjuntamente tanto en actividades de cuidado como de juego, participando en un mayor número de interacciones, lo cual puede implantar o mejorar - en ellos la imagen de "familia" (Mc Hale y Huston, 1984).

### 3.- CARACTERISTICAS INDIVIDUALES DEL INFANTE.

La variabilidad es un factor característico en el comportamiento infantil, dado que el rango de diferencias individuales resultantes de factores genéticos es enorme, y lo es más si añadimos el efecto del medio ambiente particular - en que se ubique al lactante, quien es un organismo complejo capaz de presentar una gran variedad de actividades, las cuales suelen variar de un sujeto a otro. Por ejemplo, el vigor de la respuesta es consistentemente más alto en algunos bebés, aparentando mayor autonomía y capacidad de acción sobre el medio (Lugo y Hershey, 1974).

El conocimiento de las diferencias existentes entre los infantes, sus posibles causas, y la variedad de respuestas - que pueden presentar, podría enriquecer la capacidad de los padres para desarrollar una acción recíproca positiva con sus hijos, ya que al comprender lo relativo a estas variaciones se facilita el llevar a cabo una tarea clave para la paternidad: escuchar, observar, comprender, y relacionarse de forma efectiva con el bebé.

Lugo y Hershey (1974) y Bee (1978) indican algunos aspectos del comportamiento infantil en los que suelen presentarse variaciones, como son las siguientes:

1)- Vigor de la respuesta. Algunos bebés muestran reacciones más intensas ante diversos tipos de estimulación, in

crementando en forma notoria su actividad motriz, mientras - que otros lactantes requieren para ello estímulos más complejos o de otro tipo.

2)- Sueño. El desarrollo de patrones de sueño carentes de irregularidades suele ser inestable de un infante a otro, puesto que mientras algunos se comportan de la manera descrita, otros lo presentan por breves períodos, con frecuentes movimientos durante esa fase.

Existen otras características individuales en las cuales se involucra en mayor grado el comportamiento de los padres produciendo diferentes respuestas por parte de ellos mismos. Algunas de estas diferencias radican en el nivel de desarrollo general del infante, en el sexo, y en la posición ordinal y el espaciamiento.

3.1.- Nivel de desarrollo general del infante. El grado de habilidad sensoriomotriz que el sujeto muestre en su comportamiento puede ser un factor que afecte los patrones de interacción padre-hijo, modificándolos en su tipo, calidad y cantidad. La inicial y común percepción adulta del neonato como un individuo frágil y delicado antecede a las suaves estimulaciones táctiles a que éste se ve inicialmente sometido y a medida que el infante crece y madura aumenta su grado de fuerza y actividad, substituyéndose entonces las caricias --

por contactos físicos más activos.

Las señales indicativas de atención, desatención, y de efectos positivos (sonrisas) o negativos (llanto) alteran a sí mismo a las características del juego, observándose que los padres de neonatos tienden a jugar con ellos involucrando estimulación simple, limitándose usualmente a abrazarlos, hablarles normalmente o a "media lengua", y/o hacerles gestos, mientras que los hijos de mayor edad tienen una probabilidad más elevada de verse como partícipes en otros patrones convencionales de juegos que les permiten desarrollar un rol motriz activo, como son el pon-pon, las papas, etc. Estos hechos aparentan implicar que los progenitores escogen juegos que puedan equipararse a las capacidades de interacción que su hijo muestra, y ante las cuales el infante presente comportamientos afectivos de tipo positivo (risas, abrazos, palmadas) buscándose que tenga un nivel máximo de participación durante esa actividad (Crawley, Rogers, Friedman, Jacobbo, - Richardson, y Thompson, 1978).

La reducida habilidad motriz que el sujeto presenta en edades tempranas restringe el tipo de contactos recíprocos, en los que los padres pueden realizar actividades que se ven reforzadas por parte de su hijo, quien sólo responde en juegos adecuados a su capacidad como compañero de esos actos, mientras que en meses subsecuentes, su incrementada habili-

dad para coordinar movimientos hace posible que sean reforzados los intentos parentales de involucrarlo en actos de mayor complejidad. En conclusión, las interacciones entre el infante y sus padres pueden verse influenciadas por las capacidades sensoriomotrices del sujeto, las cuales se plantean como posibles determinantes en las características del comportamiento de quien establece contacto con él.

3.2.- Sexo. Es un hecho reconocido el que mamás y papás desempeñan diferentes roles para con sus hijos, y que el papel que cada uno juega varía de acuerdo al sexo del infante (Fagot, 1974; Smetana y Letorneau, 1984). Se han encontrado en los infantes diferencias sexuales en respuestas a diversos tipos de estimulación perceptual, tales como el que las niñas\* atienden en mayor grado que los niños a los estímulos auditivos (Fagot, 1974). No está aún claro si estas respuestas diferenciales han moldeado el comportamiento de los padres de modo que actúen en distintas formas de acuerdo al sexo del infante, o sí los progenitores desarrollan estas con

\* Por razones de semántica en este capítulo la palabra "niña" corresponde a "infante de sexo femenino" y viceversa en el caso de "niño", aclarándose que no implica la edad de dos a doce años (niñez).



ductas debido a otras causas.

El hecho de que muchos padres reaccionen con patrones - diferenciales de respuesta ante hijos e hijas, incluso en casos en que se proponen lo contrario, sugiere que el comportamiento infantil puede ejercer una clase de presión sobre la presentación de ciertos tipos de reacciones parentales. Por ejemplo, la mayor sensibilidad que las niñas muestran ante el sonido puede moldear la conducta de sus progenitores en las interacciones vocales para con ellas, las cuales son más frecuentes y prolongadas que las establecidas con los infantes del sexo masculino, quienes tienden a ser más activos y a mostrar menor responsividad ante caricias y palabras. Esto puede causar que sea menos gratificante para los padres hablar y abrazar a los niños, y de ser así no sería incomprensible el hecho de que los hijos se dejen solos con mayor frecuencia y desarrollen una mayor independencia que las niñas, aún y cuando se piense que se les da a ambos sexos un trato similar.

Existen comportamientos específicos en los primeros años del individuo que pueden ser considerados como una parte de nuestro estereotipo cultural sobre los sexos, el cual promueve el reforzamiento diferencial siendo un ejemplo de ello el considerar masculino el jugar con cochecitos y femenino - el dar abrazos y besos. En este contexto los niños usan con

mayor frecuencia juguetes como camiones y pistolas, exploran sus casas, arrojan pelotas, y son más reacios ante situaciones de acicalamiento mientras que las niñas son más accesibles a que las peinen y arreglen su vestuario, aceptan caricias, mimos, y usualmente intentan ayudar a sus padres en tareas caseras mostrando una mayor participación en interacciones vocales (Fagot, 1974). Estos comportamientos son más perceptibles en la niñez puesto que es en ese período cuando mayormente se tipifica el desarrollo sexual, y además la limitada habilidad sensoriomotriz del infante obstaculiza la presentación de conductas complejas. Al respecto Smetana y Lectorneau (1984) señalan que la comprensión del género se desarrolla en una secuencia específica, en la cual aproximadamente a los tres años tanto niños como niñas aplican correctamente las etiquetas de género a sí mismos y a otros, y posteriormente establecen la comprensión de que dicho género permanece estable a través del tiempo, siendo a los cuatro años como promedio cuando conceptualizan al sexo como característica constante a pesar de transformaciones superficiales, como vestuario y apariencia.

3.3.- Posición ordinal y espaciamento. Frecuentemente se ha sugerido a la posición ordinal -primogénito, hijo menor, etc.-, como una importante variable en el desarrollo in

fantil, la cual puede influir tanto en el bebé como en el individuo que interactúa con él.

En numerosas ocasiones el nacimiento del primer hijo -- lleva implícito un reconocimiento a sus padres, quienes pueden no ser conceptualizados como adultos hasta ese momento, a partir del cual suele modificarse la percepción que de ambos se tiene, adquiriendo el estatus de "familia", y de individuos "maduros" y "adultos". Esto contribuye a que el primogénito sea ordinariamente considerado como una persona importante y suele ser tratado como tal con formas comunes de reconocimiento, como son elaboradas ceremonias (bautizo, etc.) y la adopción de un tecnicónimo parental, imponiéndole al recién nacido el nombre del padre, la madre, o el de algún otro familiar de importancia (Musun, 1984).

Otras variables que pueden influir en el comportamiento parental son el número de hijos y el tiempo transcurrido entre sus respectivos nacimientos, por ejemplo, la atención y la afectividad maternas pueden, por necesidad, verse más divididas entre dos niños cuyas edades se espacian por dos años, que entre otros espaciados por seis. En el primer caso el hijo mayor puede aún no alcanzar la autosuficiencia en muchos aspectos y requerir frecuentes atenciones y cuidados, lo cual suele apartar de su hijo menor a la madre, quien dispone de más tiempo en el segundo caso, ya que el niño de ma

yor edad posee habilidades de autocuidado más completas.

La posición de primogénito es un factor que puede actuar a favor o en contra del mismo infante, dependiendo esto del comportamiento de los adultos que lo rodeen. El usual entusiasmo por el primer hijo puede ocasionar que éste reciba un mayor grado de estimulación, así como explicaciones más completas a sus preguntas, lo que suele contribuir a la producción de unos patrones de vocalización más elaborados, y de conductas sociales más adecuadas a lo que de él se espera (Lewis y Kreitzberg, 1979). En otras situaciones el efecto es opuesto, pues dada la inexperiencia de algunos padres en el cuidado y la educación infantil pueden cometer algunos errores sobreprotegiendo, descuidando, o empleando un sistema disciplinario ineficaz, corrigiendo estos comportamientos posteriormente en el trato con sus hijos subsecuentes, y posiblemente implementando para entonces una disciplina más estricta en el hijo mayor al ubicarlo como modelo para sus hermanos menores.

#### 4.- DESARROLLO DE COMPORTAMIENTOS SOCIALES EN EL INFANTE.

Desde su nacimiento, los infantes están constantemente influenciados por los elementos presentes en el medio ambiente - que les rodea, y esas primeras experiencias sociales pueden tener un impacto de larga duración en su posterior desarrollo (Liebert, Poulos, y Marmor, 1977), resultando lógico pensar que si el infante manifiesta a su vez una serie de comportamientos considerados como positivos por aquellos con quienes convive, favorecerá la presentación y optimizará el efecto de sus primeros contactos sociales al ser capaz de influir sobre la conducta de otros.

Durante la infancia se presentan varios comportamientos que intervienen en la socialización del individuo, al permitirle una interacción más activa con su medio, pasando de ser un sujeto semi-pasivo a ser un individuo capaz de iniciar y mantener contactos sociales. Los factores que se mencionan a continuación se ubican como importantes en base a su temprana aparición (sonrisa), en cuanto a la ampliación del campo físico de interacciones (locomoción, mapeo cognitivo, y anticipación de circunstancias), y a la percepción y comprensión de comunicaciones no vocales (referenciamiento social).

4.1.- Sonrisa. El sonreír constituye uno de los primeros actos sociales en el ser humano, y ante su presentación ordinariamente aparecen respuestas sociales positivas en sus congéneres de mayor edad. La sonrisa del infante se desarrolla a través de varias fases (Sroufe y Waters, 1976), existiendo de acuerdo a su avance un incremento progresivo en vocalizaciones y contacto físico por parte de quienes conviven con el bebé, aumentando así la cantidad, tipo, y calidad de la estimulación medioambiental que recibe.

La primera fase, cuya duración abarca desde el nacimiento hasta aproximadamente cinco semanas de edad, se conoce como de sonrisa espontánea (Fein, 1978), en la cual se presentan breves gestos o muecas de los labios, no siendo acompañadas por el arrugamiento de la piel alrededor de los ojos, lo que caracteriza más tarde a la sonrisa social. Las sonrisas tempranas pueden ser espontáneas, ocurriendo en ausencia de un estímulo externo, o apareciendo en forma posterior a caricias en la mejilla o el abdomen del lactante, o después de presentar al infante varios sonidos, especialmente voces humanas (Wolff, 1963). Debido a que esta conducta ocurre en relación a una amplia variedad de estímulos, e incluso durante el período de sueño, no es considerada como social en el completo sentido de la palabra. Cabe mencionar que el sonreír - estando dormido continúa presentándose en etapas posteriores.

Durante la quinta semana de vida y extendiéndose hasta la décimocuarta, la segunda fase comienza con la sonrisa social no selectiva, y cambia a sonrisa social selectiva (Fein, 1978), reduciéndose durante éste período el número de estímulos que suelen anteceder al sonreír, siendo los más efectivos los rostros y las voces humanas, aunque el bebé aún no es capaz de identificar a un sujeto en particular por medio de estos elementos (Munsinger, 1978). Wolff (1963) reporta que la sonrisa infantil suele ser acompañada durante esta fase de una mirada fija, siendo así mismo más amplia, y apareciendo junto con ella el arrugamiento de la piel situada en la comisura externa de los ojos. Aproximadamente a la quinta semana el infante comienza a sonreír ante rostros móviles, incrementándose a la vez la sonrisa ante rostros fijos, siendo una respuesta consistente alrededor de las ocho semanas, señalando esta conducta el principio del período de sonrisas selectivas sociales (Fein, 1978), durante el cual el lactante sonríe más frecuentemente ante rostros familiares que a los de los extraños.

A medida que el bebé es más hábil en el procesamiento del contenido de los estímulos, puede reconocer con mayor facilidad a los rostros familiares, comenzando entonces la etapa de respuesta social diferencial (Fein, 1978), aproximadamente a los seis o siete meses, durante la cual el infante -

sonríe diferencialmente en relación a determinada persona, - influyendo probablemente su grado de familiarización con ella en base a una repetida exposición, presentando sonrisas amplias y en ocasiones acompañadas de vocalizaciones, mientras que en el caso de sujetos no familiares la sonrisa suele ser más reservada, e incluso no presentada. Así, para que la primera sonrisa social ocurra, el bebé debe ser capaz de realizar una serie de actividades hasta llegar a un determinado nivel de desarrollo, y mediante la focalización de la mirada, el seguimiento de un objeto móvil con la vista, y la examinación de las características particulares de ese objeto, es posible para él observar rostros humanos y responder diferencialmente ante ellos. Fein (1978) indica que la sonrisa social diferenciada es sumamente distinta a los tipos anteriores de sonrisa, del mismo modo que varían las respuestas de los adultos antes y después de su período de presentación, incrementándose la frecuencia y duración de los contactos entre padres e hijo, durante los cuales la sonrisa infantil aumenta su valor como posible medio de control del medio ambiente social.

4.2.- Locomoción y mapeo cognitivo. Al comienzo del segundo año comienza un proceso de separación por parte del infante, en relación a las figuras de apego, así como una ex--



ploración más activa del medio (Lamb, 1977), lo cual se ve favorecido por el desarrollo de la locomoción, que involucra una ordenada secuencia de eventos y ejercicios apropiados que eventualmente dan como resultado una bien coordinada habilidad para caminar, presente aproximadamente hacia el décimoquinto mes (Lugo-Hershey, 1974). La habilidad del bebé para trasladarse de un lugar a otro antecede a una serie de cambios en sus conductas exploratorias, lo cual puede ser resultado de un incremento en las interacciones medio ambiente-infante, pues éste último es ya capaz de aproximarse tanto a adultos como a otros infantes, esto es, de establecer por sí mismo contactos sociales. Gustafson (1984) señala que los bebés que pueden trasladarse vocalizan con mayor cantidad y frecuencia hacia los adultos, sonriéndoles y observándolos, y adicionalmente a estos efectos directos, la locomoción -- puede afectar la conducta de los padres quienes, por ejemplo nombran los objetos que mira el infante o los obstáculos en su camino, exponiéndose de esta forma una específica información verbal-vocal.

Así, la habilidad locomotiva puede funcionar como un reorganizador de las experiencias infantiles en general, cuyos efectos dependen de muchos factores como son las habilidades cognitivas, motrices, y perceptuales, presentes en el inicio de la capacidad de traslado; el medio social al que el bebé tiene acceso; y las respuestas del medio social ante el com

portamiento infantil (Gustafson, 1984). Dentro de este contexto se ubica la capacidad para movilizarse de un lugar a otro permaneciendo orientado aún en medios relativamente no familiares, siendo denominada esta habilidad "mapeo cognitivo" (Hazen y Durrett, 1982), mostrando algunos infantes en su ejecución mayor habilidad que otros. Un posible factor interviniente en el establecimiento de esta diferencia es el modo característico según el cual él percibe su medio ambiente, o sea el modo de experiencia particular (Feldman y Acredolo, 1979), el cual se refiere a si esa experiencia es activa -autogenerada y automantenida-, o pasiva -generada y mantenida por acción de otros. Feldman y Acredolo (1979) encontraron que sujetos preescolares a quienes se les permitía dirigirse sin ayuda a un lugar, recordaban la ubicación de ese lugar en forma más precisa que aquellos que habían sido guiados -- por un adulto. En otro estudio de infantes, Hazen y Durrett (1982) hallaron diferencias individuales estables en el modo de exploración, correlacionadas con las habilidades de mapeo cognitivo, ya que los sujetos que exploraban más activamente fueron más capaces de determinar la ruta de reversa, a diferencia de aquellos que exploraban de un modo pasivo, sugiriéndose que el rendimiento estuvo mayormente relacionado -- con el modo de exploración que con la cantidad de conducta -exploratoria, ya que generalmente aún si el sujeto exploraba pocos lugares por breves períodos, si lo realizaba de manera

activa obtenía un buen rendimiento en la situación de prueba. En este punto cabe señalar que la relación padres-hijo - puede ser un factor determinante en el desarrollo del "mapeo" al determinar los progenitores la extensión del área que el infante pueda explorar, así como el modo de exploración que prevalezca en la situación, el que será activo o pasivo de acuerdo a la restrictividad o permisividad que ambos padres - muestren con respecto a las conductas exploratorias de su hijo.

4.3.- Anticipación de circunstancias. El segundo año de vida está caracterizado por un aspecto sobresaliente: el surgimiento de la anticipación (Bronson, 1985), la cual es primordial para que la conducta de apego se debilite, y el infante pueda ampliar sus relaciones sociales al separarse de la madre. Esta anticipación de circunstancias tiene un efecto directo sobre la ansiedad de separación presentada ante la ausencia materna, pues gracias a ella el sujeto deja de presentar conductas hostiles o de ansiedad debido a la consistencia y continuidad de experiencias que favorecen la predictibilidad de eventos consecuentes, como en este caso en que puede anticipar el regreso de la madre. Esta hipótesis de "familiarización de circunstancias" recibe apoyo de Liebert, Poulos, y Marmor (1977) quienes señalan que en su am-

biente hogareño usual, los infantes suelen manifestar molestias de un modo más intenso cuando su mamá deja la habitación por una puerta que rara vez usa, a diferencia de si utiliza una de uso frecuente. De esta forma el sujeto establece una anticipación del seguro regreso materno, ocurrido ya en situaciones previas, llevando implícita en esta habilidad emergente una capacidad incrementada para codificar experiencias pasadas y generalizar a partir de ellas, desarrollando expectativas sobre la naturaleza del medio ambiente (Marvin, Greenberg, y Mossler, 1976; Bronson, 1985).

4.4.- Referenciamiento social. En estudios de psicología humana, las expresiones faciales de estados emotivos son generalmente tratadas como respuestas conductuales, o exteriorizaciones de procesos de evaluación cognitiva, etiquetándolas como señales externas de estados internos, y dándoles relativamente poca atención como reguladores de conducta interpersonal. Estas expresiones pueden tener efectos poderosos sobre el receptor, como lo indican las conductas que los infantes presentan ante posturas y gestos determinados de los adultos, mostrando reacciones de temor o agrado según sea el estado anímico que el adulto transmita en su expresión hacia el bebé (Sorce, Emde, Campos, y Klinert, 1985). - Estos mismos investigadores sugieren que el infante, al en-

contrarse en una situación que le sea confusa o desconocida, dirige su mirada al rostro del adulto disponible en una supuesta "búsqueda de señales" la cual es definida como "referenciamiento social", consistiendo en un proceso mediante el cual un individuo busca información sobre estados emotivos, con la finalidad de dar un significado a un evento determinado que de otro modo es ambiguo o más allá de las capacidades intrínsecas de apreciación del individuo en cuestión. Este comportamiento se establece aproximadamente a los doce meses de edad, siendo con él capaz el infante de identificar diversas expresiones faciales en relación a estados emotivos determinados (Field y Walden, 1982; Mc Donald y Parke, 1984). De este modo, el bebé es capaz de obtener información y presentar los comportamientos pertinentes a la situación dada.

## 5.- DISCIPLINA EN EL HOGAR.

El desarrollo de una personalidad normal requiere la adquisición de un sentido adecuado de autoevaluación, la cual es el producto de la información que de sí misma tiene una persona a partir de varias fuentes (Kanfer y Phillips, 1980). Las áreas, geográficamente hablando, que inicialmente contribuyen u obstaculizan la adquisición de este sentido son el hogar, el vecindario, y la escuela. Para ser aceptado por cualquier estructura social organizada, el futuro miembro debe saber lo que esa organización espera de él, debe aprender las reglas de comportamiento que esa sociedad acepta y, sin que necesariamente acepte las reglas, éstas deben serle familiares. En este contexto la disciplina se define como una serie sistemática de reglas y actividades específicas, cuyo objetivo es desarrollar un comportamiento determinado en el discípulo y adaptarlo a la vida social. En otras palabras, la disciplina es el ingrediente que enseña a un niño como debe comportarse a fin de sobrevivir en sociedad (Homan, 1969).

La importancia del hogar y la familia con respecto a los aspectos disciplinarios radica en su primordialidad en cuanto a temporalidad se refiere, puesto que es ahí donde le son administradas al infante sus primeras instrucciones sobre comportamiento social. Esta relevancia es aún más no

toria si mencionamos que usualmente el niño será rechazado tanto en el vecindario como en la escuela si no muestra un comportamiento "disciplinado" al contactar con ambas áreas, sin que ordinariamente exista en ellas un mayor interés por enseñarle las reglas sociales de las cuales carece, limitándose a etiquetarlo como "individuo problema" y a separarlo del grupo en cuestión.

La aparición de las primeras interacciones disciplinarias entre padres e hijos puede estar determinada por el nivel de actividad general que el infante presente. Si éste es activo, lleno de energía y frecuentemente en movimiento, los contactos con sus padres y el medio suelen incrementarse en cantidad y complejidad, aumentando la probabilidad de exceder el umbral de tolerancia parental hacia el comportamiento infantil, siendo por lo tanto mayor la posibilidad de que ambos progenitores utilicen los controles diseñados para reducir o modificar una determinada conducta (Buss, 1981).

En el presente capítulo se analizará la disciplina en base a cuatro factores: 1) canales verbales vocales e intervenciones físicas; 2) comportamientos de padres e hijos durante las interacciones disciplinarias; 3) congruencia de las medidas disciplinarias, y 4) el infante como factor activo en dichos contactos recíprocos.

5.1.- Canales verbales vocales e intervenciones físicas. El término "técnica de control" (Schaffer y Crook, 1978), es utilizado para designar todas aquellas conductas -- que un individuo emplea con el fin de modificar o mantener el curso actual de la actividad que otra persona presenta. Su función es canalizar la conducta en una dirección específica, inhibir algún propósito, o incrementar y/o establecer otro, siendo este tipo de interacciones de importancia notable en los encuentros disciplinarios entre padres e hijos, sobre todo en las etapas tempranas; infancia y niñez.

Inicialmente, en los primeros meses de vida, la corrección o la implementación de conductas específicas en el infante se llevan a cabo principalmente por medio de intervencciones físicas, instigando o evitando la presentación del comportamiento objetivo. Así, en situaciones de alimenta---ción la madre guía la mano con que su hijo sostiene la cuchara, o lo sujeta a fin de que no toque objetos frágiles o peligrosos. A medida que el infante crece y aumente su nivel de desarrollo cognoscitivo, los adultos se vuelven día a día más capaces de regular el comportamiento infantil por medio de canales verbales vocales (órdenes), las cuales inicialmente se combinan con sujeciones estimulativas o res---trictivas, substituyéndolas posteriormente. De esta manera los padres desarrollan uno de los más importantes canales -



por el cual puede desenvolverse la socialización, esto es, la adquisición por parte del infante de hábitos socialmente deseables, con su consecuente capacitación para vivir como miembro de un grupo social.

La identificación de controles verbales vocales, de acuerdo con Shaffer y Crook (1980), está basada en la función potencial de sonidos para alterar el comportamiento en curso, iniciando, modificando, o terminando una determinada conducta infantil. Estos controles pueden clasificarse: a) por su estructura sintáctica -sea que la expresión se califique como imperativa (orden), interrogativa (sugerencia), o declarativa (justificando el mandato)-; b) por la finalidad de la expresión -iniciar, mantener, o evitar conductas- y c) por su objetivo atento o accionante - sea que concierna a respuestas orientativas o ubicativas, o a conductas de locomoción o manipulación sobre el medio. Los controles verbales vocales pueden ser acompañados por referencias no vocales, o sea por la presentación conjunta de movimientos indicativos o manipulativos, complementarios al control verbal correspondiente.

5.2.- Comportamientos de padres e hijos durante las interacciones disciplinarias. Durante el período existente entre la introducción de una técnica de control específica y

el cese de la presentación de las conductas contiguas a dicha exposición, tanto el infante como sus progenitores pueden manifestar diversos comportamientos los cuales son de particular importancia dentro del proceso disciplinario. Las conductas infantiles vistas como respuestas a las técnicas de control pueden clasificarse como obediencia (actuar de acuerdo a la instrucción dada), o desobediencia (acción opuesta a la obediencia). Es importante que los padres observen la calidad, cantidad, y frecuencia de estos dos tipos de respuestas dado que constituyen un parámetro de la efectividad que el sistema disciplinario tiene en la consecución de sus objetivos. Por ejemplo las frecuentes desobediencias son base para analizar la posible existencia de trastornos en el infante, tales como sordera total o parcial, fallas en la atención, etc., y así mismo es factible que existan errores en la aplicación de las medidas disciplinarias, como son el empleo de un sistema motivacional inadecuado con incentivos o castigos carentes de valor para el sujeto, o la administración de instrucciones incomprensibles.

En lo referente a las acciones de los padres emitidas en forma posterior a la respuesta disciplinaria infantil, pueden ser clasificadas en cuatro categorías: a) castigo (restricción física, nalgadas); b) acción negativa (expre---

sión de displacer, críticas, amenazas); c) acción positiva (expresión de afecto o aprobación, abrazos, sonrisas), y - d) acción neutral (conductas menos emotivas, por ejemplo - hablar en tono neutro, no prestar atención, involucrarse en otra actividad) (Lytton, 1979). Estas respuestas parentales ante las acciones presentadas por el infante son determinantes tanto para la probabilidad de que las conductas infantiles en cuestión sean presentadas o no dentro de situaciones futuras, como para la frecuencia, duración, y calidad de ellas (Holland y Skinner, 1980), de ahí que sea importante el que los progenitores muestren actitudes adecuadas y consistentes en los encuentros disciplinarios, evitando excederse en demandas o permisividad, empleando elementos de instrucción acordes al nivel de comprensión de su hijo, y proveyendo a éste de premios o castigos que retroalimenten o estimulen en forma efectiva su ejecución.

5.3.- Consistencia de las medidas disciplinarias. Un factor que puede obstaculizar la correcta ejecución del infante con respecto a los requerimientos establecidos, es la administración inconsistente de medidas disciplinarias por parte de los padres, variandolas continuamente con respecto a una situación específica. Esta incongruencia puede crear confusión en el hijo al modificar persistentemente las con

tingencias, ya que esto interfiere en una correcta discriminación de los comportamientos y las respectivas consecuencias, deseables o indeseables.

Las razones por las cuales puede darse este tipo de interacción defectuosa son múltiples, en ocasiones ambos padres están demasiado ocupados, distraídos, o cansados, para ejercer un control sobre su hijo, y puede ocurrir que el infante realice un acto que normalmente le acarrearía una corrección disciplinaria, sin que en esa ocasión sufra las consecuencias usuales. Las apariciones esporádicas de esta clase de incongruencias son virtualmente imposibles de impedir, dada la dificultad de mantener una atención total y constante sobre el comportamiento infantil, sin embargo normalmente esta clase de incongruencias no son perjudiciales para el desarrollo social del sujeto, a condición de que no ocurran con demasiada frecuencia (Munsinger, 1978). Otras dos clases de situaciones pueden tener efectos de mayor cuidado: 1) si los patrones son a menudo incongruentes en la aplicación de patrones de premio o castigo, de modo tal que el infante llegue a confundirse con respecto a comportamientos y situaciones sancionables, o deseables, y 2) si ambos padres no pueden ponerse de acuerdo entre sí con respecto a la manera de educar a su hijo, provocando situaciones conflictivas dentro de la familia. Estas dos clases de fallas

pueden favorecer el desarrollo de problemas con relación a la autoridad familiar.

5,4.- El infante como factor activo. Un error frecuentemente dado en las interacciones disciplinarias consiste en la implementación de nuevas técnicas sin proveer de información al hijo. Usualmente los padres son instruídos en la aplicación de dichos procedimientos sin enseñárseles la conveniencia de explicarlas o demostrárselas al sujeto, el cual debe aprender las nuevas contingencias mediante ensayo y error, exponiéndose a situaciones aversivas. Investigadores del desarrollo han presentado datos sobre métodos verbales vocales (instrucción, racionalización), y de ejecución (moldeamiento, ensayo conductual) que pueden emplearse para la comprensión y la obediencia del hijo ante la nueva situación disciplinaria, reportándose que el uso frecuente de estos procedimientos suele tener una correlación positiva en la crianza de los niños que muestren un comportamiento social adecuado, con interés y afecto por los demás, y una reducción notoria en la manifestación de actos hostiles (Becker, 1964). Un posible obstáculo en el empleo del razonamiento verbal con infantes es el conocimiento de las limitaciones en su lenguaje y funcionamiento cognitivo, siendo ante esto una forma alternativa y apropiada de interactuar -

con el hijo el ubicarse en su nivel de comprensión, con métodos que impliquen un menor grado de mediación vocal como son el modelamiento, los ensayos conductuales, y el moldeamiento, los cuales son promisorios en la exposición y comprensión de nuevas contingencias disciplinarias (Davies, McMahon, Flessati, y Tiedemann, 1984).

La efectividad de los factores mencionados en relación a su objetivo de actuar sobre el comportamiento infantil, no se basa únicamente en ellos. Dado que los encuentros disciplinarios involucran por lo menos dos individuos -en este caso papá y/o mamá, e hijo-, los elementos relativos a éste último participan en el proceso de obediencia, cuya probabilidad de éxito puede depender del estado particular en que el infante se encuentre, en el momento de ser emitido el mandato por parte del adulto. Factores comportamentales dados por situaciones anteriores similares (por ejemplo, carencia de reforzamiento tras obedecer), pueden obstaculizar un desarrollo adecuado de la interacción disciplinaria.

La ubicación temporal de los controles parentales es de particular significancia sobre la acción instructiva. Solicitar una acción en forma repentina tiene una menor oportunidad de éxito si se le compara a una solicitud que forme parte de una estrategia secuencial, de la cual el primer paso consiste en asegurarse de que el infante está apropiada-

mente orientado, puesto que actuar sobre él si está distraído o involucrado en situaciones ajenas a la solicitud de obediencia, suele conllevar una mayor posibilidad de fracaso. A fin de evitar esto debe determinarse el estado actual de involucración, y si el sujeto no está prestando la debida atención los padres pueden manipular el medio con alguna actividad que la atraiga, o bien cabe la posibilidad de esperar a que su hijo los atienda espontáneamente, y sólo entonces estarán en una posición adecuada para requerir obediencia, y así evitar el choque de los intereses parentales-infantiles, usualmente ubicado en los contactos disciplinaarios.

## 6.- AGENTES SOCIALIZADORES.

El infante debe involucrarse en procesos en los cuales aprenda los valores y los hábitos de comportamiento de su cultura específica, y se adapte a los mismos como parte de su propia personalidad, siendo la interacción directa con los miembros de su familia y sus compañeros una situación - que puede proveerlo de múltiples oportunidades de aprendizaje, ensayo, y refinamiento de habilidades sociales, tales como la capacidad de iniciar y mantener contacto con otros individuos (Mc Donald y Parke, 1984). El reconocimiento de que el infante participa en una variedad de sistemas sociales ha enfatizado la necesidad de definir las características de los sujetos que forman parte de esos sistemas, y de las interacciones que con ellos establece.

6.1.- Padres. Las primeras situaciones de aprendizaje social para el infante tienen lugar en el hogar, particularmente con la madre, con quien la formulación de un lazo afectivo es un evento crítico, presente en el transcurso del primer año de vida. Este apego del hijo se ha definido como la conducta de aproximarse y/o mantenerse próximo a un individuo diferenciado y preferido, quien puede ser considerado como superior en algún aspecto, mientras que por su parte - la madre desarrolla conductas de cuidado, definidas como el



acercarse y/o mantenerse próximo a un sujeto diferenciado y preferido, a fin de presentar comportamientos que brinden a éste la suspensión o disminución de estados aversivos (Bowlby, 1967). En el período constituido por estos doce meses, esta relación de apego suele alcanzar su máxima intensidad debido al elevado nivel de dependencia por parte del hijo, y a su reducida cantidad de conductas sociales, lo que aunado a la satisfacción de sus necesidades y a la actitud maternal afectuosa fortifica esta dependencia infantil hacia la madre, como indica Mussen (1983):

*"Reaccionan en forma especialmente favorable hacia sus madres, sonriéndoles y vocalizando con mayor frecuencia hacia ellas que a las demás personas, mostrando una mayor preferencia por ellas y más iniciativa para hacer el contacto con sus madres, así como observándolas durante períodos de tiempo más prolongados y tranquilizándose con su presencia. "*

*( pág # 88. )*

De los doce a los dieciocho meses el infante requiere menos cuidados físicos básicos, y es capaz de separarse de la madre por períodos de tiempo cada vez mayores. Además de aumentar su habilidad para iniciar y mantener relaciones con ella, siendo en éste momento un mejor compañero de juegos al poseer una mayor complejidad en sus comportamientos ver

bal vocal y motriz, lo que incrementa la frecuencia y calidad de los juegos afectuosos entre ambos. Conjuntamente, la locomoción es un factor que suele provocar una mayor supervisión, por lo que la madre presenta en estos casos más verbalizaciones y atención visual.

Durante los siguientes seis meses, el bebé es más comunicativo y sigue desarrollando sus capacidades de interacción, comenzando a usar palabras e incrementando la frecuencia y calidad de sus vocalizaciones, lo cual mejora la comunicación con su madre, cuyas demandas verbales son mayormente comprendidas por su hijo de dos años. Esto reduce la necesidad de supervisión decreméntándose la cantidad de tiempo que la mamá pasa observándolo, al igual que disminuye la frecuencia de sus juegos afectuosos (Mussen, 1983), quizá - por considerarlas el infante como actividades simples y ya conocidas, a diferencia de las interacciones novedosas con compañeros y juguetes (Clarcke-Stewart, Hevey, 1981).

Se ha sugerido que la conducta de apego es una función de las conductas iniciales que la madre y su hijo desarrollan en su interrelación, y de los efectos de estas conductas sobre ellos. Consecuentemente, los estudios de los antecedentes del apego usualmente exploran tres variables: características infantiles, características maternas, y factores interactivos (England y Farber, 1984). Sobre el pri--

mer punto, los infantes cuya conducta de apego no se desarrolla adecuadamente, muestran un desarrollo general más lento que el promedio, un déficit de involucración social al ser alimentados (sin sonrisas ni miradas), llanto frecuente, y una mínima presentación de estados alertas y activos. Por su parte las madres deficientes en éste aspecto no suelen ser muy hábiles en actividades de cuidado infantil o en la percepción de las necesidades del hijo. Sus conocimientos generales sobre el bebé y su desarrollo son ordinariamente mínimos, mostrando poco interés en el recién nacido, a quien por lo común abrazan sólo en situaciones de alimentación, lo cual realizan en forma mecánica, tendiendo además a estar tensas e irritables en sus actividades generales. En el caso contrario la madre suele mostrar una mayor capacidad de reconocer y satisfacer las necesidades de su hijo, autoconceptualizándose en su papel de madre en forma positiva, mostrando generalmente habilidad en actividades de cuidado y juego.

En lo relativo al tercer punto, los factores de interacción, el contacto familiar brinda la mayor parte de ellos. Las relaciones conyugales negativas, las solicitudes frecuentes de cuidado y/o atención por parte de otros hijos, así como un exceso de actividades hogareñas, pueden afectar la calidad de la interacción madre-hijo, y consecuentemente

a la conducta de apego, cuyo correcto desarrollo ha sido relacionado con varios aspectos del comportamiento social infantil durante los primeros años como son la exploración, la solución de problemas, y la sociabilidad con compañeros y a dultos (Pastor, 1981; Baskett y Johnson, 1982), además de la obediencia en los años preescolares (Londerville y Main, 1981; England y Farber, 1984).

La línea general sobre los estudios realizados en cuanto a la interacción entre el infante y un progenitor, ha investigado el papel de la madre, por lo cual los elementos concernientes a la interacción padre-hijo permanecían virtualmente desconocidos. En la última década se ha reportado la capacidad paternal para percibir y satisfacer las necesidades infantiles, sugiriéndose además que la involucración del papá en los contactos con el bebé podría estar relacionada con un tipo óptimo de desarrollo general de su hijo, en lo particular con la conducta de solución de problemas, lo que sugiere que la cantidad del tiempo de interacción padre-hijo, así como la calidad de la misma, están ligadas con el rendimiento infantil en las tareas sociocognoscitivas, las cuales contribuyen a que el organismo satisfaga las demandas impuestas por su ambiente.

Las características parentales de papás y mamás son sobresalientes en relación al desarrollo de su hijo. En lo re

ferente al padre la percepción de las necesidades infantiles, el no manifestar comportamientos hostiles ante dichos requerimientos, y el no autodemeritarse por su falta de conocimiento sobre la crianza -en comparación con su mujer, cuando éste sea el caso-, se han encontrado consistentemente relacionados con un desarrollo general adecuado, puesto que el papá que es sensitivo en las tareas de solución de problemas permite al infante suficiente autonomía, interviniendo con instrucciones adecuadas al nivel de comprensión de su bebé, mientras que lo anima espontáneamente. Todo esto se ha encontrado como asociado al desarrollo positivo de conductas de ajuste, mientras que por el contrario, los hombres que se sentían inseguros en sus roles como padres (usualmente primerizos), pueden presentar una conducta insensitiva, reaccionando en forma inadecuada ante las demandas infantiles (Easter-Brooks y Goldberg, 1984). Algunos aspectos específicos de las relaciones de ambos padres con su hijo están probablemente relacionados con el comportamiento social del infante. Mc Donald y Parke (1984) señalan que -- las diferencias entre papás y mamás con respecto al estilo de juego, influyen en el posterior grado de aceptación social que el individuo tendrá entre sus compañeros. Para el hijo la cantidad y calidad de participación vocal y activa que la madre presente en sus interacciones con él, son suge

ridas como correlativas a su popularidad con sujetos de su edad, siendo la posible causa el que el infante adquiriera un mayor número de estrategias verbales, las cuales puede emplear para iniciar y/o mantener interacciones sociales. Otro factor, consistente en dar órdenes al hijo, se indica como relacionado con la aceptación social, dependiendo si es el padre o la madre quien usualmente imparte esos mandos, pues mientras que el "ordenamiento" materno se sugiere como positivamente asociado con la popularidad, ocurre lo contrario con los mandatos paternos. Esto se explica señalando que las mamás suelen presentar órdenes en un tono de voz moderado y de forma amable, lo que constituye un modelo de comportamiento para el cual su hijo puede encontrar mayor aceptación, a diferencia de las peticiones basadas en el modelo paternal, que ordinariamente conllevan un tono más elevado y una orden de tipo imperativa, las que probablemente sean rechazadas al ser presentadas ante los compañeros.

Otro factor de importancia es la conducta de juego por parte de los progenitores, y con respecto a ello existen diferencias de interacción, puesto que los papás generalmente involucran al infante en juegos físicos y activos, y a abrazarlo y levantarlo durante el curso del contacto, mientras que las mamás suelen enfocar las actividades hacia juegos sociales convencionales y menos activos, y el acto de abra-

zarlos ocurre con mayor frecuencia durante la provisión de cuidados y la alimentación (Belsky, 1981). La importancia del juego radica en que a través de él el bebé puede aprender el valor comunicativo de sus propias expresiones afectuosas, y además regular la conducta de otros (Mc Donald y Parke, 1984). En añadidura, es una oportunidad de aprender a regular algunas señales sociales provenientes de las personas. Field y Walden (1982) sugieren que la capacidad infantil para identificar las expresiones faciales de estados internos es un factor interviniente en la aceptación social, puesto que esas expresiones no sólo son respuestas indicativas de estados internos, sino que también son patrones de estímulo que pueden regular la conducta de otros (Bronson, 1985). Sorce, Emde, Campos, y Klinnert (1985) señalan que en circunstancias desconocidas o complejas (objetos y ambientes novedosos y/o compuestos de varios elementos), los infantes de doce meses ordinariamente buscan y utilizan a esas expresiones para solucionar la ambigüedad de dicha situación.

Los roles parentales típicamente adoptados por los progenitores son distinguibles de dos maneras: en términos del número, y en términos de las clases de actividades en que se involucran con sus hijos. Específicamente, los padres suelen tener en general menos contacto con los infantes del

del que tienen las madres, y en contraste con ellas pasan la mayor parte del tiempo de interacción jugando con esporádicas actividades de cuidado (Belsky, 1979; Mc Hale y Huston, 1984). Las diferencias promedio en el comportamiento maternal en relación a los hijos según su sexo están bien documentadas, y los resultados son consistentes: Las madres tienden a verbalizar más hacia sus hijas, y esperan que --muestren un comportamiento más disciplinado que el de sus --hermanos, permitiéndoles ser más independientes y brindando les muestras de afecto más intensas y frecuentes, mientras que a los hijos les dan ordinariamente más independencia y castigo, estimulándoseles en mayor grado la curiosidad intelectual (Fagot, 1974). Los estudios en los que los padres --han sido incluidos parecen indicar que ellos también tratan diferencialmente a los infantes de acuerdo a su sexo, y no exactamente en la misma forma que las madres, ya que los pa--pás tienden a involucrar al hijo en juegos de elevada actividad física, a comparación de las hijas, abrazándolos en --el transcurso del jugueteo. En general los resultados de --las investigaciones indican que las similitudes en los com--portamientos parentales sobrepasan en número a las diferen--cias (Belsky, 1979).

6.2.- Hermanos. Investigaciones recientes sobre el de



sarrollo social infantil sugieren que la interacción del bebé con su o sus hermanos -cuyas edades se ubiquen dentro de los dos a los seis años-, pueden ser de importancia para el desarrollo mencionado (Rowe y Plomin, 1981; Dunn, 1983). No existen datos extensos sobre el comportamiento de sujetos -de cero a seis meses de edad con respecto a sus hermanos de la edad mencionada, pues los estudios existentes se limitan a indicar que los lactantes, ante la presencia de otros infantes o niños, suelen observarlos detenidamente, estableciendo este juicio en base al tiempo y tipo de contacto visual presentes durante la situación (Brooks y Lewis, 1976). De la segunda mitad del primer año en adelante, y a medida que el infante crece, las interacciones con su hermano mayor inmediato tienden a incrementarse, tanto en frecuencia como en duración y calidad (Dunn, 1983), como en el caso de la imitación de conductas fraternas por parte del hermano menor, indicándose la relevancia del hermano antecedente como modelo, así como el establecimiento de un ajuste entre ambos hijos en sus cada vez más frecuentes juegos y actividades comunicativas (Dunn y Kendrick, 1982).

Otro aspecto relevante de la interacción fraternal se refiere a las acciones cooperativas en juegos, y a las demostraciones de afecto (abrazos, palmadas, sonrisas), así como a las acciones hostiles (gritos, golpes), en los que a

pesar de su naturaleza suelen estar implicados objetivos similares por parte de ambos, así como una relativa similitud de acciones. Así mismo pueden presentarse interacciones no recíprocas, indicando al respecto Dunn y Kendrick (1981) -- que aproximadamente en un 21% de los encuentros fraternales uno de los hermanos presenta conducta amistosa, mientras -- que el otro se comporta hostilmente, siendo el patrón más ordinario aquel en el cual el niño agredía, mientras que el infante actuaba de modo amistoso, estableciéndose una relación de trato no recíproco en términos del comportamiento -- presentado, creándose una asimetría en la relación.

Los aspectos mencionados señalan líneas usuales dentro de los estudios enfocados en el rol del hermano mayor inmediato como agente socializador del infante, a través de los contactos que con él establece. Otro enfoque añade la función de interventor en las conductas de apego y cuidado, -- las cuales han sido usualmente referidas a la interacción -- madre-hijo. Algunos estudios de esta relación indican que -- los infantes pueden establecerla con más de una persona de terminada (Dunn y Kendrick, 1981; Stewart, 1983), apareciendo frecuentemente varias figuras de apego de los doce meses de edad en adelante, aunque no se indica la equivalencia y permanencia de esas figuras. Lamb, en 1977, reportó que infantes de dieciocho meses interactúan frecuentemente con --

sus hermanos mayores, pero cuando también estaba presente - un progenitor el infante ordinariamente establecía el contacto con éste último, lo cual fue interpretado por Lamb como un indicio de que las relaciones hermano mayor-hermano menor representan un sistema de interacción diferente a la relación padre/madre-hijo menor, no implicando esta conclusión que el hermano mayor no sea importante para el infante, sino que cualquiera de los dos progenitores suele resultar más válido, cuando se trata de desempeñar el papel de fuente de seguridad y afecto.

Stewart (1983) consideró factible el potencial del hermano mayor inmediato como figura subsidiaria de apego para el infante, indicando que niños menores de tres y cuatro años actuaban cuidando a sus hermanos menores cuando éstos lo requerían y las madres estaban ausentes. También se han reportado casos en los que los niños, e incluso infantes, suelen vigilar la presencia de signos de malestar reportándolos a la madre o al padre, e intentando participar o participando en los cuidados posteriores (Dunn y Kendrick, 1981), variando el grado en que brindan ayuda, pues algunos sujetos de dos y tres años incluso realizan algunos ajustes en el volumen y el tono de su voz al dirigirse a los bebés, siendo capaces a los cinco o seis años de mostrar algunas de las exageraciones de expresión que los adultos típicamen

te presentan al interactuar con infantes, tales como prolongar el contacto visual, levantar las cejas, hablar "a media lengua", y fruncir los labios en "U". Los mismos investigadores encontraron en bebés menores de un año señales de apego hacia sus hermanos, reaccionando con angustia ante su ausencia y aproximándoseles cuando tenían algún malestar, lo cual puede ser indicativo de que éstos pueden ser concebidos como figuras de apego.

El desarrollo de las habilidades de cuidado en el niño depende de varios factores (Stewart y Marvin, 1984), siendo uno de ellos la capacidad para realizar inferencias adecuadas sobre el punto de vista de otro individuo, a fin de comprender y responder efectivamente ante las reacciones de molestia que el infante presente cuando se halle en una situación de disconformidad, ya que cuando el niño es incapaz de inferir la razón por la que su hermano muestra signos de molestia, tiene pocas probabilidades de desarrollar una acción eficiente al respecto.

Otro factor reside en la existencia de un sistema familiar cooperativo en el cual el niño sea solicitado para relevar ocasionalmente a los progenitores en el cuidado de su hermano menor, estimulando de esta manera su capacidad como dispensador de atenciones. Esto depende de la concepción -- que ambos padres tengan sobre la madurez de sus hijos, la

que en caso de considerarse adecuada indica la posibilidad de que el infante prescinda temporalmente de la atención parental, recibiendo cuidados substitutos de su hermano. Esta decisión de los progenitores puede basarse en el grado de avance que ambos hijos muestren en sus comportamientos sociales, los cuales proveen de elementos de juicio sobre la respectiva capacidad del niño y del infante.

Una vez establecida la conducta de cuidado, el sexo y la edad pueden ser relevantes en su desarrollo, pues se ha observado que la frecuencia y la calidad de la atención suelen incrementarse cuando el infante es del sexo opuesto al del hermano que lo cuida, del mismo modo que la resistencia a brindar cuidados puede presentarse o aumentar en el varón a medida que éste crece. Las niñas por su parte a mayor edad usualmente incrementan su solicitud, tendiendo a brindar más atención de la que se les pide, mientras que los hermanos se limitan por lo común a dar sólo el cuidado que el infante requiere (Stewart, 1983; Guinzburg, 1984). Este patrón de comportamiento refleja la importancia de los padres como modelos para la conducta de sus hijos, al imitar los varones las usuales acciones de sus papás, y las hijas por su parte copiar la sobreindulgencia característica que las mamás muestran al atender al bebé.

6.3.- Compañeros. Las interacciones entre infantes son consideradas como importantes oportunidades para desarrollar habilidades comunicativas, e imitar la conducta parental (Ellis, Ragoff, y Cromer, 1981; Hartup, 1982). Cuando el infante crece los territorios sociales de su mundo se expanden, pues su movilidad lo capacita para explorar su medio en forma más activa, conociendo a un número de semejantes que se ve paulatinamente incrementado al ser capaz de interactuar con ellos, lo cual ocurre ordinariamente durante el primer año de vida. En los tres primeros meses el bebé no muestra reacciones duraderas ante la presencia de otros lactantes (Field, 1979), pero una vez transcurrida la mitad de ese primer año suele involucrarse en interacciones de diferente duración y calidad (Hay, Nash, y Pedersen, 1983), reaccionando en el nivel más simple con palpaciones a sus compañeros o a los juguetes que sostienen, a lo que sus semejantes responden con conductas similares.

Aproximadamente entre los diez y los doce meses, los infantes pueden vocalizar entre sí durante sus contactos recíprocos, ofreciéndose y recibiendo juguetes, e imitándose unos a otros. Los episodios de toque conjunto o simultáneo a un objeto pueden ser pacíficos, o ser acompañados de señales de disconformidad como son el llanto y el forcejeo, -- siendo inestable la ubicación temporal de estas conductas,

mencionándose como una posible causa la variabilidad intersujetos, y las diversas condiciones de desarrollo (Eckerman, Whatley, y Kutz, 1979), aunque de cualquier forma está generalmente aceptada la existencia de un incremento paulatino en la variedad y frecuencia de interacciones sociales establecidas entre el infante y sus semejantes.

A medida que el infante crece sus contactos recíprocos con quienes le rodean aumentan en número, como se indicó líneas arriba, debiéndose esto en parte al mayor nivel de desarrollo general que ha alcanzado. Para que participe adecuadamente en el contacto social y obtenga los beneficios de asociarse con sus compañeros éstos deben de aceptarlo, por lo cual especificar las características infantiles y los factores situacionales que podrían asociarse con la aceptación social, facilitaría la identificación temprana del sujeto con deficiencias al respecto, y proveería de una base para su posterior entrenamiento en las habilidades requeridas. Una de las posibles características participante en la aceptación o el rechazo es el desarrollo social y físico, como lo sugieren Brooks y Lewis (1976), Ellis, Rogoff y Cromer (1981), y Quay y Jarret (1984), quienes indican que el infante debe ser capaz de percibir, analizar, y corresponder los comportamientos de otros, tarea que requiere tanto de la comprensión de las contingencias establecidas -

en la situación social, como de la maduración de las estructuras sensoriomotrices, presentándose como resultado la habilidad para desempeñar un rol específico.

Otras variables que aparentemente intervienen en el grado de aceptación social, según Kenneth (1983), son las siguientes: los niños que llegan a ser impopulares o usualmente rechazados suelen presentar conductas inapropiadas de juego, tales como arrojar juguetes o interrumpir las actividades que el grupo desarrolla, introduciéndose repentinamente a la interacción. También muestran frecuentemente comportamientos agresivos como gritos y golpes, llorando ante situaciones que impidan la consecución de sus aparentes objetivos. En algunas ocasiones rechazan las invitaciones a participar, mostrando algunos sujetos una evasión sistemática ante la posibilidad de intervenir en juegos.

En el caso contrario, los infantes que obtienen popularidad y/o aceptación suelen ser físicamente atractivos, y en sus contactos iniciales con el grupo permanecen próximos sin interrumpir la actividad, hasta ser invitados o presentarse la oportunidad de intervenir. En su mayoría se involucran en juegos cooperativos sin mostrar frecuentemente comportamientos agresivos, físicos o vocales, adaptando por lo general su participación al tipo de actividad, o sea a la clase e intensidad del juego en cuestión.



Así mismo se ha observado una posible relación entre - la calidad de la conducta de apego y la calidad de la interacción social (Pastor, 1981), indicándose que los infantes con una conducta de apego adecuada a su edad suelen mostrar actitudes reconocidas por sus compañeros como positivas, desarrollando sus habilidades sociales y mostrando actitudes de interés ante situaciones novedosas, siendo las posibles causas de esto un aprendizaje más completo de comportamientos socialmente aceptables al contactar en períodos anteriores con la madre, y/o la provisión de una base segura para explorar situaciones diversas y novedosas. Es de mencionarse el hecho de que el comportamiento del infante durante - los primeros contactos con sus compañeros, así como la reacción de éstos, son importantes, pues cuando el sujeto rechazado inicialmente se aproxima a sus semejantes en ocasiones posteriores, usualmente es rechazado en su nuevo intento, - requiriendo de varias aproximaciones para ser aceptado (Pastor, 1981).

La importancia de otros infantes como agentes socializadores es notoria alrededor de los doce meses, cuando las oportunidades de aprendizaje que ofrecen los compañeros son relevantes, ya que el infante puede lograr con ellos una mayor comprensión de la conducta social. Los compañeros y los adultos difieren en su persistencia e involucración en los

juegos del infante, y ese contraste aumenta con el tiempo, ya que los padres inicialmente suelen invertir una gran constancia, afecto, e imaginación en sus intentos de involucrar a sus hijos en juegos, pero posteriormente son los otros infantes quienes denotan mayor disposición a participar con el sujeto en cuestión (Eckerman, Whatley, y Kutz, - 1975). A esto se unen dos características de los compañeros: sus acciones pueden ser más novedosas que las de los padres, y las actividades de los otros infantes suelen ser más fácilmente imitables que las de los adultos.

## ANALISIS Y DISCUSION.

El objetivo principal de este trabajo ha sido presentar una imagen coherente de las variables intervinientes en los contactos recíprocos que se establecen entre padres e hijo, exponiendo varios de los posibles mecanismos pertinentes a dichas variables, las cuales fueron seleccionadas en base a su relación con la participación activa del infante. Este punto no se plantea tan clara con respecto al primer punto de análisis (ajuste matrimonial), debido a que es estudiado en términos exclusivos de la pareja como matrimonio, aunque su posterior efecto en la interacción con el hijo es innegable.

El punto inicial para lograr una interacción positiva con el infante puede ubicarse en el autoanálisis que ambos cónyuges establezcan, con respecto a sus particulares y respectivas características comportamentales presentadas en sus contactos hogareños cotidianos. Factores como la capacidad de comunicación y las perspectivas con respecto al matrimonio deben ser evaluadas y, en caso de requerirse, modificadas con el propósito de establecer una relación marital positiva que pueda servir como base para la educación y el cuidado del hijo. El siguiente aspecto, ya más ligado al infante, consiste en la preparación que la pareja adquiera en lo referente a su futuro papel como padres, cuya capacita--

ción debe abarcar aspectos como la planeación del embarazo y los cuidados del neonato. Este aprendizaje usualmente cumple un triple papel, ya que a la vez que la pareja se instruye en estos temas básicos, mejoran su respectiva autoconceptualización como futuros progenitores, y reducen la usual ansiedad presente en estos casos.

Es a partir del nacimiento cuando se presenta una drástica modificación en el patrón regular de actividades que tanto marido como mujer solían establecer. Esta alteración suele depender en un principio de las características que el infante muestre en sus comportamientos de alimentación, descanso, y excreción, mediante los cuales sus padres reorganizarán el patrón mencionado. En estas situaciones iniciales puede observarse que a pesar de contar con un limitado número de conductas que le permitan contactar con su medio, el neonato, no obstante, se constituye en un sujeto cuyos efectos sobre los progenitores no se reducen a un simple cambio de actividades, sino que conlleva a una serie de modificaciones en la autoconceptualización que tanto el padre como la madre manejan con respecto a sí mismos y a su pareja, esto es, no sólo experimenta el sujeto un cambio en relación con su particular escala de valores, sino también con respecto a la percepción que maneja sobre su cónyuge, con la consecuente alteración de sus actitudes hacia éste.

La subsecuente complejidad en el comportamiento infantil posibilita que los padres denoten otro tipo de acciones. La aparición de conductas propiamente sociales como la sonrisa y los balbuceos, generalmente provocan que los progenitores incrementen el tiempo que pasan junto a su hijo, y - que además estos dirijan al infante gesticulaciones, vocalizaciones, y a medida que el neonato crece, actividades de - juego progresivamente complejas, cuyas características se - establecen en base al nivel de desarrollo general que presenta el bebé. En este momento el grado de avance mencionado permite que los padres disfruten en mayor medida su papel, puesto que ahora el lactante puede reforzar más eficazmente los intentos de interacción para con él, mediante la imitación de gestos parentales, por citar un ejemplo.

Este reforzamiento, aunado a comportamientos típicos - del infante según su sexo, puede ocasionar un trato diferencial en relación al sujeto. La aceptación femenina de cuidados y contactos afectuosos, y la reducida responsividad masculina ante caricias y abrazos prolongados, moldean la conducta de los progenitores hacia su hijo reduciendo el contacto físico con él, y con respecto a su hija, mimándola y cuidándola, lo que nos indica que, reconociéndolo o no, las reacciones parentales en cuanto al sexo del infante dependen tanto de las acciones del mismo, como de los estereoti-

pos culturales.

Del mismo modo que el sonreír y el participar en juegos, la habilidad de locomoción implica una nueva alteración en el comportamiento de los padres, quienes ante el surgimiento de esta capacidad deben sustituir las conductas de cuidado presentadas hasta ese momento, por otras de naturaleza más activa, lo que significa que la vigilancia del hijo, simplificada anteriormente por su escasa movilidad y por el uso de corrales, se ve ahora complicada ante el hecho de que el lactante se expone a una serie de situaciones en las que es imprescindible observarlo, aunado esto a las percepciones parentales que en estos casos ubican al sujeto como posible víctima de accidentes y/o causante de daños a objetos delicados, a consecuencia de la habilidad mencionada. Posteriormente, cuando el infante usualmente presenta una conducta de seguimiento hacia su madre, ésta debe responder ajustando sus actividades diarias a fin de adaptarse a la compañía de su hijo, máxime cuando no hay posibilidad de enviarlo a una guardería. Este apego disminuye paulatinamente en base a la anticipación de circunstancias y al mapeo cognitivo, factores que una vez presentados por el individuo le permiten respectivamente, reconocer que la disponibilidad de contactar con su madre es usualmente constante, y el establecer rutas de regreso hacia ella, siendo de esta -

forma capaz de alejarse y de establecer nuevas relaciones - sociales.

El incremento del campo de acción del infante, a consecuencia de las variables citadas, provoca que los progenitores comiencen a presentar conductas enfocadas al aspecto disciplinario, ya que en los novedosos contactos del sujeto con su entorno, y en las cada día más frecuentes y complejas interacciones que establece con las personas ubicadas en ese medio, los padres suelen observar que su hijo carece de repertorios adecuados desde el punto de vista de quienes le rodean. Comportamientos infantiles como el tomar objetos frágiles, y la consecuente admonición del adulto que lo observe, determinan que tanto el papá como la mamá hagan uso de técnicas de control, ante la perspectiva de que si no reaccionan en esa forma su hijo no dispondrá de la aceptación social, y se verá privado de los beneficios que ésta implica. Esta tarea disciplinaria conlleva una reestructuración en la vida familiar, ya que quienes se encarguen de llevarla a cabo requieren de modificar la rutina para corregir errores o implementar nuevas conductas en el infante. Esto lleva implícito el evitar presentar comportamientos que se consideren malos ejemplos, privarse de actividades a fin de establecer situaciones correctivas, y principalmente reconocer el papel activo que su hijo desempeña en esas interac--

ciones, ya que su nivel de comprensión determina la clase - de actitudes e instrucciones de que sea objeto, debiendo - los progenitores adaptarse a esta circunstancia si su objetivo es modificar eficazmente el comportamiento.

De esta forma es posible concluir que la participación infantil en las interacciones con sus padres es definitiva en el establecimiento de las características que éstas contengan, ya que la conceptualización de este fenómeno permite a los progenitores reconocer que deben ajustarse a los - requerimientos infantiles a fin de satisfacerlos adecuadamente, lo que resulta de capital importancia para la educación de los hijos.

El infante no constituye, de ninguna manera, un simple organismo respondiente que se limite a presentar respuestas específicas ante determinada estimulación de la cual se le haga objeto, antes bien, y de acuerdo a lo descrito en este trabajo, el análisis de su presencia y efecto permite reconocerlo como un participante activo en las interacciones - con sus padres, quienes deben de estar conscientes de este hecho a fin de que ambos desarrollen, conjuntamente con su hijo, una serie de contactos recíprocos cuya progresión y -



resultados sean gratificantes para quienes se involucren en ellos.

Al plantear ante un sujeto una situación novedosa para él, y a la cual deba afrontar ineludiblemente, podemos suponer que su grado de ineficacia y ansiedad suelen guardar una relación proporcional con el número y calidad de conocimientos que maneje al respecto —ámen de otros factores. Este enunciado, aplicado a cada uno de los futuros padres, sugiere que en la medida en que los progenitores incrementen sus nociones sobre la crianza y educación infantiles, mayor será su eficacia en el desempeño de sus actividades, y menor el nivel de ansiedad que presente en éstas. Este supuesto indica la importancia práctica que reviste a la investigación sobre el desarrollo y a los datos resultantes de la misma, que puestos a disposición de los padres pueden favorecer la obtención de los resultados ya descritos, al encontrarse mejor capacitados para anticipar y enfrentar las demandas de la paternidad, así como para aprender más, buscando ayuda e información pertinentes en situaciones complicadas, ya que al contar con datos precurrentes pueden seleccionar en base a éstos las fuentes y los informes más válidos.

Esta tarea incrementa su importancia al conceptualizar al infante como un elemento activo, ya que esto no signifi-

ca que la trascendencia del papel de los padres en la instrucción y el cuidado de su hijo sea menor de lo que hasta el momento se supone, sino que por el contrario su relevancia aumenta puesto que se requiere implícitamente una mayor participación parental de la que establecerían con un sujeto pasivo, incapaz de reconocer y determinar la calidad, tipo, y cantidad de la estimulación a que se ve expuesto. De esta forma y por lo general, el infante debe ser concebido como un individuo capaz de protestar al ser objeto de cuidados inadecuados, siendo una posible muestra de esto su llanto ante el descuido de sus horarios de alimentación, o sus posteriores aproximaciones hacia quienes usualmente le brinden contactos gratificantes, separándose de aquellos que no le provean de esta clase de interacciones.

A nivel particular, el individuo que adquiere el rol de progenitor se involucra en una situación que modifica tanto su comportamiento, como sus concepciones sobre sí mismo y los demás. Al participar en interacciones con su hijo, además de manifestar un cambio en sus actividades rutinarias -llamense de distracción o de descanso-, usualmente experimenta una serie de cambios en las conceptualizaciones que maneja, principalmente aquellas relacionadas consigo mismo y con su pareja. Las implicaciones que esto tiene pueden ser ubicadas en varios niveles, como es el personal, en el

que el sujeto adquiere ordinariamente un mayor sentido de responsabilidad, lo que suele conllevar a un mayor esfuerzo de su parte en el aspecto laboral a fin de mejorar en el área económica. La presentación de esta clase de comportamiento puede ser antecedente de un reconocimiento por parte de su cónyuge o de otras personas, lo que aunado a su perspectiva redunda en una cadena de satisfacciones personales que son resultado, y a la vez promueven, a su superación como individuo.

En el nivel de relación con su pareja, los miembros de ella suelen actuar entre sí de forma distinta a partir incluso del embarazo, siendo esto consecuencia parcial de añadir un nuevo rol a los que ya desempeña cada cónyuge, lo que puede redundar en una disminución de la cantidad y duración de los contactos que marido y mujer establecen entre sí. Este factor puede ser compensado incrementando la calidad de las interacciones maritales, empleando la situación de crianza como un elemento que, conceptualizado de forma positiva y con las condiciones adecuadas, renueve al matrimonio. Planteando ésto en forma práctica e ideal, los progenitores pueden "emplear" a la paternidad como un factor que, añadido a una relación marital rutinaria, modifique los contactos cotidianos y mejore dicha relación, implicando una serie de atenciones y reconocimientos interconyugales que -

resulten mutuamente gratificantes para quienes participen - en ella.

En lo referente a los vínculos sociales, la crianza y educación de los hijos es una actividad que necesariamente significa una reducción en el tiempo que los padres dedicaban a las relaciones sociales, pero aunque esto es un hecho, particularmente en los primeros meses de vida del bebé, el adquirir el rol de "padres", con todas las experiencias que esto implica, dota a la pareja de una serie de conocimientos que los ubica al nivel de otras parejas, a la vez que los particulariza de otros matrimonios sin hijos. Esto puede incrementar la identificación con sus amistades particulares que compartan con ellos ideas similares sobre la paternidad, estableciendo lazos amistosos de un nuevo tipo y no necesariamente menos gratificantes que los anteriores.

Podríamos resumir esto definiendo a la paternidad como una situación de cuidado y educación que en las condiciones adecuadas, y cuando el progenitor se involucra activamente en ella, resulta una fuente de información que posibilita la superación del individuo, tanto en el aspecto personal como en el de sus relaciones con quienes le rodean. Ahora bien, esta definición está ubicada, como se señala, "en las condiciones adecuadas", o sea que resulta algo ideal cuya consecución implica todo un proceso de aprendizaje y un es

fuerzo orientados al establecimiento de las situaciones descritas en este apartado. Esta educación conlleva una modificación de varios aspectos, como son la conceptualización general del embarazo y del cuidado del hijo como actividades escasamente reforzantes y elevadamente molestas, el papel - casi exclusivo de la madre como encargada del infante, y el desconocimiento del papel activo que el infante desempeña - durante los contactos.

Describiendo más ampliamente estos puntos, podemos mencionar que, junto con la usual alegría del evento, la perspectiva general de la interacción con el lactante contempla esa actividad como algo carente en forma general de atractivos, y cuyas consecuencias implican el renunciar forzosamente a todo un grupo de situaciones gratificantes, anteriormente al alcance del individuo, ahora padre o madre de familia, recayendo precisamente en ésta última la responsabilidad del infante ya que ordinariamente el padre se limita a aportar el sostén económico, y a vigilar al hijo si éste -- duerme, mientras la madre prepara el alimento del bebé o -- realiza alguna otra actividad relacionada con el infante o con el hogar. De esta forma el hombre dispone de una menor reducción de sus actividades de distracción siendo para él posible, en mucho mayor grado que para la mujer, leer, ver T.V., salir con sus amigos, e incluso disponer de actividad

sexual en forma extramarital, ante el agotamiento que suele sufrir la esposa, aunque debe mencionarse en lo referente al marido que usualmente recae sobre él la presión relacionada con el aspecto económico, con la consecuente tensión que esto implica, y encontrándose a menudo en el hogar que las tareas que su esposa desarrolla reducen y dificultan la comunicación de sus preocupaciones, impidiéndole obtener el consecuente alivio que esto implica.

En lo relativo al tercer punto, el desconocimiento de las características infantiles puede redundar en la disminución del número de contactos gratificantes con su hijo, al comportarse en forma inadecuada a las capacidades que éste posee, interactuando en forma defectuosa con él.

Esta situación inadecuada y su correspondiente corrección requiere una modificación de las concepciones que el individuo posee con respecto a la paternidad. La interconexión de los tres puntos mencionados hace difícil el especificar la forma particular en que los factores planteados a continuación como probables soluciones, se relacionen con cada uno de ellos. Este punto se explicará más ampliamente en forma posterior a la exposición de dichos factores, los cuales son:

- 1) Disponer de información válida con respecto a:
  - a) Características infantiles, tanto de su comporta

miento como fisiológicas.

- b) b) Cuidado y educación infantil.
  - c) Alteración del rol de ambos cónyuges.
  - d) Conveniencias de la ubicación planeada del nacimiento.
- 2) Establecer una comunicación adecuada entre ambos - padres.
  - 3) Modificación cognoscitiva con respecto a las particulares expectativas sobre la paternidad.
  - 4) Participación equitativa de ambos padres en el cuidado y la educación infantil ( Correlacionado con 1) ).

Es posible suponer que la implementación de estas medidas, dadas a conocer a los interesados utilizando medios de información disponibles y adecuados, interactuarán entre sí alterando el patrón de comportamientos erróneos presentados por ambos padres, resultando complejo particularizar el efecto de dichas medidas sobre una conducta específica dada la correlación inexistente, tanto entre ellas como entre - las conductas inadecuadas.

De esta forma es reconocible la importancia que posee el estudio de los factores relativos al desarrollo humano, en relación a las interacciones padres-hijo, cuya trascendencia por sí sola implica la necesidad de realizar investi

gaciones pertinentes a este tema, a fin de proveer las bases a partir de las cuales podamos alcanzar a comprender el comportamiento del hombre.



## B I B L I O G R A F I A .

- Baskett, Linda M., y Johnson, Stephen M. The young's child interactions whit parents versus siblings: A behavioral análisis. CHILD DEVELOPMENT, 1982, 53, 643-650.
- Becker, Wesley C. Consequences of different kinds of parental discipline. En M. L. Hoffman y L. W. Hoffman, REVIEW OF CHILD DEVELOPMENT RESEARCH. Vol. I, Russell Sage Foundation, New York, 1964.
- Bee, Helen. THE DEVELOPING CHILD, Harper y Row, New York, - 1978.
- Belsky, Jay. Mother-infant-father interaction: A naturalistic observational study. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1979, 15, 601-607.
- Belsky, Jay. Early human experiencie: A family perspective. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1981, 17, 3-23.
- Belsky, Jay. Studying parent-child interaction: Comparison of interview and direct observation. DEVELOPMENTAL MEDICINE AND CHILD NEUROLOGY, 1984, 22, 484-496.
- Bijou, Sidney W., y Baer, Donald M. PSICOLOGIA DEL DESARROLLO INFANTIL. TEORIA EMPIRICA Y SISTEMATICA DE LA CONDUCTA, Trillas, México, 1980.
- Bolio y Arciniega. 1985. (Artículo mimeografiado).
- Bowlby, J. ATTACHMENT AND LOSS. Vol. I. ATTACHMENT. Basic - Books, New York, 1969.
- Bronson, Wanda C. Growth in the organization of behavior over the second year of life. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, - 1985, 21, 108-117.

- Brooks, James, y Lewis, Michael. Infant's responses to strangers: Midget, adult and child. CHILD DEVELOPMENT, 1976, 47, 323-332.
- Bueno Belloch, Marina. Relaciones de pareja: Satisfacción y ajuste en las percepciones recíprocas. REVISTA DE PSICOLOGIA GENERAL Y APLICADA, 1983, 38, 1157-1176.
- Buss, David M. Predicting parent-child interactions from children activity level. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1981, 17, 59-65.
- Byrne, James. Social perception and interpersonal behavior. JOURNAL OF PERSONALITY AND SOCIAL PSYCHOLOGY, 1977, 35, 691-697.
- Clarcke-Stewart, K. Allison, y Hevey, Constance M. Longitudinal relations in repeated observations of mother-child interactions from 1 to 2 1/2 years. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1981, 17, 127-145.
- Coleman, James C., y Hammen, Constance L. PSICOLOGIA CONTEMPORANEA Y CONDUCTA EFICAZ, Manual Moderno, México, 1977.
- Costa, Miguel, y Serrat, Carmen. TERAPIA DE PAREJAS, Alianza, Madrid, 1982.
- Crawley, Susan D., Rogers, Peggy P., Friedman, Steve, Jacobo, María., Criticos, Anne., Richardson, Lani, y Thompson, Margaret. Developmental changes in the structure of mother-infant play. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1978, 14, 30-36.
- Davies, Glenn R., Mc Mahon, Robert J., Flessati, Eugene W., y Tiedemann, Georgia L. Verbal rationales and modeling as adjuncts to a parenting technique for child compliance. CHILD DEVELOPMENT, 1984, 55, 1290-1298.

- Dean , Gregory. Emotional maturity and marital adjustment. JOURNAL OF MARRIAGE AND THE FAMILY, 1966, 28, 454-457.
- Dunn, Judy, y Kendrick, Carl. Social behavior of young siblings in the family context: Differences between same-sex and different-sex dyads. CHILD DEVELOPMENT, 1981, 52, 1265-1273.
- Dunn, Judy. Sibling relationships in early childhood. CHILD DEVELOPMENT, 1983, 54, 787-811.
- Easter-Brooks, M. Ann, y Golberg, Wendy A. Role of marital quality in toddler development. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1984, 20, 504-514.
- Eckerman, Carol O., y Whatley, Judith L. Growth of social play with peers during the second year of life. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1975, 11, 42-49.
- Elder, Glenn, y Rockwell, Robert. The life course and human development: An ecological perspective. INTERNATIONAL JOURNAL OF BEHAVIORAL DEVELOPMENT, 1979, 2, 1-21.
- Ellis, Shari., Rogoff, Bárbara, y Cromer, Cindy C. Age segregation in children's social interactions. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1981, 7, 399-407.
- England, Byron, y Farber, Ellen A. Infant-mother attachment: Factors related to its development and changes over time. CHILD DEVELOPMENT, 1984, 55, 753-771.
- Fagot, Beverly. Sex differences in toddler's behavior and parental reaction. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1974, 10, 554-558.
- Fein, Greta. CHILD DEVELOPMENT, Prentice-Hall, New Jersey, 1978.

- Feldman, Ann, y Acredolo, Curt. The effect of active versus pasive exploration on memory for temporal location in children. CHILD DEVELOPMENT, 1979, 50, 698-704.
- Feldman, S. Shirley, y Aschenbrenner, Bárbara. Impact of parenthood on various aspects of masculinity and feminity: A short term longitudinal study. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1983, 19, 278-289.
- Fernández, Gustavo. El análisis experimental de la conducta y la psicología del desarrollo, en A. Ardila EL ANALISIS EXPERIMENTAL DEL COMPORTAMIENTO: LA CONTRIBUCION LATINOAMERICANA, Trillas, México, 1974.
- Field, Tiffany M., Differential behavioral and cardiac responses of 3-months-old infants to a mirror and a peer. INFANT BEHAVIOR AND DEVELOPMENT, 1979, 2, 179-184.
- Field, Tiffany M., y Walden, Thomas A. Production and discrimination of facial expressions by preschool children. - CHILD DEVELOPMENT, 1982, 53, 1299-1311.
- Guinzburg, Suzanne. Siblings's motherly concern. PSYCHOLOGY TODAY, 1984, 18, 8.
- Gustafson, Gwen E. Effects of the ability to locomote on infant's social and exploratory behaviors: An experimental study. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1984, 20, 397-405.
- Hartup, William. The social worlds of childhood. AMERICAN PSYCHOLOGIST, 1982, 34, 1299-1311.
- Hay, Dale F., Nash, Allison, y Pedersen, Jay, Interactions between six-month-old peers. CHILD DEVELOPMENT, 1983, 54, 557-562.
- Hazen, Nancy L., y Durrett, Mary E. Relationship of security of attachment to exploration and cognitive mapping hab

- ilities in 2-years-olds. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1982, 18, 751-759.
- Holland, James G., y Skinner, Burrhus Frederick. ANALISIS - DE LA CONDUCTA, Trillas, México, 1980.
- Homan, William E. CHILD SENSE, Basic Books, New York, 1969.
- Kanfer, Frederick H., y Phillips, Jeanne S. PRINCIPIOS DE APRENDIZAJE EN LA TERAPIA DEL COMPORTAMIENTO, Trillas, México, 1980.
- Katchadurian, Herant A., y Lunde, Donald T. LAS BASES DE LA SEXUALIDAD HUMANA, C.E.C.S.A., México, 1979.
- Kenneth, John E. FRIENDSHIP AND PEER RELATIONS, Wiley, New York, 1983.
- Kerlinger, Fred N. ENFOQUE CONCEPTUAL DE LA INVESTIGACION - DEL COMPORTAMIENTO, Interamericana, México, 1981.
- Kirkpatrick, Carl. THE FAMILY AS PROCESS AND INSTITUTION, - Ronald Press, New York, 1965.
- Lamb, Michael E. The development of mother-infant and father-infant attachment in the second year of life. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1977, 13, 637-648.
- Lamb, Michael E. Interactions between eighteen-months-olds and their preschool-aged siblings. CHILD DEVELOPMENT, 1978, 49, 51-59.
- Lewin, Roger. Starved brains. PSYCHOLOGY TODAY, 1975, 9, 29-33.
- Lewis, Michael, y Kreitzberg, Valerie S. Effects of birth order and spacing on mother-infant interactions. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1979, 15, 617-625.

- Liebert, Robert M., Puolos, Rita W., y Marmor, Gloria S. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, Prentice-Hall, New Jersey, 1977.
- Locke, Harriet J. Predicting adjustment in marriage: A comparison of a divorced and a happily married group. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1961, 2, 101-106.
- Londerville, Susan, y Main, Mary. Security of attachment, - compliance, maternal training methods in the second year of life. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1981, 17, 289-299.
- Lugo, James O., y Hershey, Gerald L. HUMAN DEVELOPMENT. Mac Millan, New York, 1974.
- Lytton, Hugh. Disciplinary encounters between young boys and their mothers and fathers: Is there an contingency system? DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1979, 15, 256-268.
- Mac Donald, Kevin, y Parke, Ross D. Bridging the gap: Parent-child play interaction and peer interactive competence. CHILD DEVELOPMENT, 1984, 55, 1265-1277.
- Mahoney, Michael J. COGNICION Y MODIFICACION DE CONDUCTA, - Trillas, México, 1983.
- Marvin, Robert S., Greenberg, Mark, y Mossler, David. The early development of conceptual perspective taking. CHILD DEVELOPMENT, 1976, 47, 511-514.
- Masters, William H., y Johnson, Virginia E. EL VINCULO DEL PLACER, Grijalbo, México, 1983.
- Mc Cary, James. SEXUALIDAD HUMANA, Manual Moderno, México, 1976.
- Mc Hale, Susan M., y Huston, Ted L. Men and women as parents: Sex roles orientations, employments and parental roles whit infants. CHILD DEVELOPMENT, 1984, 55, 1349-1351.

- Munsinger, Harry. DESARROLLO DEL NIÑO. Latinoamericana, México, 1978.
- Muñoz de Fernández, M<sup>a</sup>. del Carmen. Satisfacción e insatisfacción matrimonial: Influencia de los factores de balance marital y de autorealización. REVISTA LATINOAMERICANA DE PSICOLOGIA, 1978, 10, 337-350.
- Mussen, Paul. DESARROLLO PSICOLOGICO DEL NIÑO, Trillas, México, 1983.
- Musun, Linda B. Ordinal positions: Differences in children's family interactions. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1984, 20, 1026-1031.
- Parke, Ross D. Perspectives on father-infant interaction, - en J. D. Osofsky HANDBOOK OF INFANT DEVELOPMENT, Wiley, New York, 1979.
- Pastor, Donald L. The quality of mother-infant attachment and its relationship to toddler's initial sociability with peers. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1981, 17, 326-333.
- Quay, Lorene C., y Jarrett, Olga S. Predictors of social acceptance in preschool children. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, - 1984, 20, 793-796.
- Reese, Hayne W., y Lipsitt, Lewis P. PSICOLOGIA EXPERIMENTAL INFANTIL, Trillas, México, 1976.
- Rowe, Daniel, y Plomin, Robert. The importance of nonshared environmental influences in behavioral development. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1981, 17, 517-531.
- Scarr, Anthony, y Grajek, Stephen. Similarities and differences among siblings, en M. L. Lamb y B. Sutton-Smith SOCIAL RELATIONSHIPS: THEIR NATURE AND SIGNIFICANCE ACROSS THE LIFESPAN. Baum, Hillsdale, 1982.

- Schaffer, H. Rudolph, y Crook, Charles K. Child compliance and maternal control techniques. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1980, 16, 54-61.
- Segal, Julius, y Yahraes, Herbert. Bringing up mother. PSYCHOLOGY TODAY, 1978, 12, 90-96.
- Shaver, David. On status and being imitated, Effects of reciprocal limitations. JOURNAL OF PERSONALITY AND SOCIAL - PSYCHOLOGY, 1977, 35, 691-697.
- Smetana, Judith G., y Letourneau, Karen J. Development of gender constancy and children's sex typed free play behavior. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1984, 20, 691-696.
- Snow, Margaret M., Jacklin, Carol N., y Maccoby, Eleanor E. Sex-of-child differences in father-infant interactions - at one year of age. CHILD DEVELOPMENT, 1983, 54, 227-237.
- Sorce, James F., Emde, Robert N., Campos, Joseph, y Klinnert, Mary D. Maternal emotional signaling. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1985, 21, 195-200.
- Sroufe, L. Ann, y Waters E. Harriet. The ontogenesis of smiling and laughter. PSYCHOLOGICAL REVIEW, 1976, 83, 173-189.
- Sroufe, L. Ann. Socioemotional development. CHILD DEVELOPMENT, 1983, 54, 720-727.
- Stewart, Robert B. Sibling attachment relationships: Child-infant interactions in the Strange Situation. DEVELOPMENTAL PSYCHOLOGY, 1983, 19, 192-199.
- Stewart, Robert B., y Marvin, Robert. Sibling relations: The role of conceptual perspective-taking in the ontogeny of sibling caregiving. CHILD DEVELOPMENT, 1984, 55, 1322-1332.



Wolff, Peter H. Observations on the early development of smiling, en B. M. Foss DETERMINANTS OF INFANT BEHAVIOR, - Vol. 4, Wiley, New York, 1963.

Zuñiga, J. Ignacio. Cuando el bebé te hace cosquillas. PADRES E HIJOS, 1983, 36, 23-25.



**BIBLIOTECA  
"DR. SANTIAGO RAMIREZ"**

000956

000956

FACULTAD DE PSICOLOGIA

AUTOR Vargas López, Gerardo

000956

